LUIS FELIPE MURO ARIAS

LA INDEPENDENCIA AMERICANA
VISTA POR HISTORIADORES ESPAÑOLES DEL SIGLO XIX

Sobretiro de
Estudios de Historiografía Americana

EL COLEGIO DE MÉXICO
1948

990
E82h
sodr.

6

Luis Felipe Muro Arias

LA INDEPENDENCIA AMERICANA
VISTA POR HISTORIADORES ESPAÑOLES
DEL SIGLO XIX

ANTECEDENTES ¹

La emancipación americana, sus causas, hombres y hechos, nos son bien conocidos a través de la producción histórica nativa de cada país participante en aquella memorable gesta. Todos los géneros de la literatura histórica han examinado desde ángulos diversos el tema. Con todo, aspectos ideológicos, económicos y sociales de su contenido, cuyo conocimiento es indispensable para poder llenar las muchas páginas en blanco de su verdadera historia, han quedado en el olvido. En archivos y bibliotecas está aún inédita buena parte de esos elementos concurrentes, aguardando el análisis, la crítica, y, necesariamente, la interpretación objetiva del historiador. La más somera indagación que se haga en las masas documentales abre caminos de posibilidades y proyecciones inesperadas. Deber ineludible e impostergable es el de investigar una historia yacente en anaqueles y legajos. Merced a una labor acuciosa, honrada, libre de prejuicios, tal vez lleguemos a obtener una perspectiva histórica que modifique en gran parte nuestros actuales conocimientos.

La independencia de América, sellada en los campos de batalla, por la misma razón de su violento desenlace, dividió de inmediato a vencedores y vencidos en dos bandos irreconciliables. Dueños del campo quedaron los americanos después de más de veinte años gastados en lucha implacable y cruenta.

Nuestros conceptos sobre esa lucha están informados por las versiones del bando vencedor, saturadas por lo común de prejuicios y parcialidades. Sabemos de aquel liberalismo americano que trató de echar inmediatamente después del triunfo un velo sobre el pasado, renegando de la época colonial. A su lado, unos pocos conservadores, imbuídos de

añejo tradicionalismo, sin quitar la vista del pasado español, alzaron la voz para tildar de funesta la era republicana. Ellos actuaron como débil eco de los repetidos llamados al orden y a la razón que muchos peninsulares, y no pocos americanos tráfugas, residentes en España, hicieron a los países independizados, con el intento de darles a comprender las desventajas del nuevo sistema, que para ellos era completamente desusado. De ambas tendencias procede nuestra visión histórica de ese momento.

Mientras tanto, y debe admitirse, poseemos inexplicable desconocimiento acerca de la reacción psicológica que la independencia operó en el bando vencido. Omisión que bien podría ser una secuela de aquella propensión al olvido de lo colonial.

El poderío colonial —desplegado en tres siglos de indisputada dominación en América, envanecido por una épica conquista, orgulloso de haber trasplantado a un mundo, que consideraba bárbaro, civilización y cultura propias— retiróse del continente humillado por una derrota, la cual, no obstante su inminencia y aun después de ella, nunca creyó posible.

Voces hubo entre los españoles que con tono agorero y admonitorio presagiaron la pérdida total a que estaba condenado el imperio. Esos vaticinios aparecen en las fases iniciales de la conquista y durante el período de la estabilización colonial, siendo reiteradas con más frecuencia a medida que se iban haciendo palpables los defectos inherentes a la organización política, económica y social del imperio.²

No siendo nuestro interés remontarnos a referencias tan alejadas de la independencia, nos remitimos a las crudas observaciones hechas por Jorge Juan y Antonio Ulloa en su célebre informe *Noticias secretas de América...*; y las de tiempo más cercano, cuando las potentes sublevaciones de fines del XVIII en América demostraban, sin lugar a equívocos, el profundo malestar social y económico del imperio, señalando a España que había llegado el momento de enmendar los rumbos de su política ultramarina.

Por aquella época dos hombres de elevada talla política dedican atención al palpitante asunto americano. Ellos son el conde de Aranda y el conde de Floridablanca. El primero fué eficaz colaborador de la

tantas veces censurada política antibritánica de Carlos III, que culminó en el decidido apoyo prestado a la independencia de las colonias inglesas con ayuda francesa. Siendo embajador de España cerca de la corte francesa, Aranda mantuvo nutrida correspondencia con el canciller Floridablanca, a quien comunicaba sus inquietudes por el porvenir de América.

Al conde de Aranda se le atribuye, y también se le niega, paternidad de la controvertida *Memoria secreta presentada al rey Carlos III...*, en 1783, poco después de haberse firmado el Tratado de Paz de París, que reconoció la independencia de los Estados Unidos, documento que el Conde firmó en representación de España.³ Fuese Aranda u otro el autor de este histórico documento, el hecho es que contiene una pasmosa visión del futuro pocas veces lograda. En él se vaticina la futura hegemonía de Estados Unidos en América. “Esta república federal nació, por decirlo así, pigmea... un día vendrá en que sea gigante y hasta formidable coloso en aquellas regiones... no soñando más que en su engrandecimiento.” Las colonias españolas lindantes con aquel coloso sufrirían las dentelladas iniciales de su expansionismo: “El paso primero de esta potencia... será apoderarse de las Floridas para dominar el Golfo de México. Después de habernos hecho de este modo dificultoso el comercio con la Nueva España, aspirará a la conquista de este vasto imperio, que no nos será posible defender contra una potencia formidable, establecida sobre el mismo continente, y a más de eso limítrofe.” Columbrando el peligro que se cierne sobre los dominios españoles, “una sabia política aconseja tomar precauciones...” El plan presentado por Aranda, o por quien fuese autor de tan discutida memoria, implica sacrificios territoriales de gran monta. Sin empacho aconseja que “V. M. debe deshacerse de todas las posesiones territoriales sobre el continente de las dos Américas, conservando solamente las islas de Cuba y Puerto Rico en la parte septentrional y alguna otra que pueda convenir en la parte meridional...” En líneas generales propone: dividir el imperio español en tres porciones: México, Perú y Costa Firme, poniendo al frente de cada una un infante de la Casa Real con título de rey, pero subordinados políticamente al monarca, que sería proclamado emperador. El aspecto económico también está previsto; los tres reinos pagarían un tributo anual de acuerdo con sus más valiosas producciones:

México, plata; Perú, oro, y Costa Firme, productos agrícolas. El vínculo dinástico se aseguraría mediante matrimonios entre los miembros de esos nuevos reinos o con los de España. Siguen otras consideraciones complementarias destinadas a demostrar las ventajas resultantes del plan.⁴

Cinco años atrás Aranda ya había intuído el peligro que para las posesiones septentrionales de España en América significaba la independencia de las inglesas. Dirigiéndose a Floridablanca, en diciembre de 1778, le previene: "Cuidado excelentísimo, con el seno mejicano, y... Panzacola tocando con la Luisiana, y el canal de Bahama con su costa firme en poder de otros; y la hermosa y templada provincia de la Florida, la primera que poblará con preferencia a las otras." ⁵

La aprensión de Aranda es constante y va en aumento con el paso del tiempo. El 21 de julio de 1785 escribe a Floridablanca para hacerle presente que España debía abandonar la idea de seguir contando con América para subsistir económicamente y buscar su equivalente en el territorio metropolitano: "Nuestros verdaderos intereses —escribe— son que la España europea se refuerce con población, cultivo, artes y comercio; porque la del otro lado del charco Océano la hemos de mirar como precaria, años de diferencia.." ⁶

Convencido cada vez más de que el imperio caminaba hacia su total desintegración, en 1786 reitera con mayor ardor su preocupación a Floridablanca, insistiendo en la necesidad de trazar fronteras definitivas a las posesiones españolas. La ansiedad de Aranda le lleva a concebir un proyecto de difícil ejecución por las consecuencias internacionales que acarrearía. Pretendía nada menos que agregar a la corona española el territorio de Portugal a cambio del Perú, y Chile si era necesario.⁷ Va más lejos al aconsejar que se renuncie a Buenos Aires como colonia efectiva, pues limitando con el desmesurado imperio portugués, Brasil y Perú unidos, que su plan creaba, quedaría inerte a la voluntad de su formidable vecino. Para evitarlo, se le ocurre que colocar un infante en el río de Plata serviría de freno a los américolusitanos.⁸

Los temores de Aranda están expresados con claridad y visión proféticas cuando dice: "Mi tema es que no podemos sostener el total de nuestra América, ni por su extensión ni por la disposición de algunas partes de ella, como Perú y Chile, tan distantes de nuestras fuerzas, ni

por las tentativas que potencias de Europa pueden emplear para llevarnos algún jirón... Me he llenado la cabeza de que la América meridional se nos irá de las manos, y ya que hubiese de suceder, mejor era un cambio que nada. Yo no hago de proyectista, ni de profeta pero esto segundo no es descabellado, porque la naturaleza de las cosas lo traerá consigo, y la diferencia no consistirá sino en años.”⁹

Pero las premoniciones de Aranda tenían por fuerza que caer en el vacío. Acuciado por el afán de ganar la carrera al tiempo, propone reducciones tan radicales del imperio que aun para el español más pesimista serían imposibles de aceptar, puesto que en ello iban comprometidos el viejo orgullo ibérico y la intangibilidad de los derechos cuasi divinos que la monarquía tenía sobre sus dominios. La respuesta de Floridablanca al proyecto de Aranda es fiel expresión del criterio oficial español sobre el particular: “El remedio de la América por los medios que vuestra excelencia dice sueña, es más para deseado que para conseguido. Por más que chillen los indianos y los que han estado allá, crea... que nuestras Indias están mejor ahora que nunca, y que sus grandes desórdenes son tan añejos, arraigados y universales, que no pueden evitarse en un siglo de buen gobierno, ni la gran distancia permitirá jamás el remedio radical. La especie del cambio es graciosa...”¹⁰

Esa confianza del conde de Floridablanca no es obstáculo para que abrigue cierta inquietud por el futuro americano, aunque más atenuada por confiar en la “subordinación y propiedad de aquellos distantes vasallos”. Las ideas de Floridablanca están vertidas en una extensa *Instrucción reservada que la Junta de Estado, creada por mi decreto de este día 8 de julio de 1787, deberá observar en todos los puntos y ramos encargados a su conocimiento*.¹¹ Tal documento revela a su autor como hombre ducho en los más intrincados problemas administrativos del Estado. En él analiza, con frialdad y medida, la totalidad de los asuntos, ora internos, ora externos, concernientes a España y las Indias. El eje de su pensamiento, por lo tocante a América, es la fiel observancia de una política conciliadora cuya base es la remoción general de funcionarios en todos los ramos, reemplazándolos por otros más idóneos.¹² Garantía de esta política ha de ser un fuerte respaldo militar por parte de los cuerpos fijos españoles y milicias americanas; pero observando hacia

ambos elementos del ejército colonial “prudente confianza”. Admite que pueden ser útiles “para defender el país de invasiones enemigas”; pero pone en duda su fidelidad si se presentase la contingencia de emplearlos para sofocar desórdenes internos, “pues como naturales nacidos y educados con máximas de oposición y envidia a los europeos, pueden tener alianza y relaciones con los paisanos y castas, que inquieten o perturben la tranquilidad...”¹³ Mayor es el peligro si sus jefes son criollos o “de las castas de indios, mestizos y demás de que se compone aquella población”. No soslaya la posibilidad de ayuda extranjera que, desde afuera, aliente a los elementos revolucionarios. Para impedir su acción concertada, estima necesario el aumento de la capacidad defensiva de los puertos americanos como puntos clave de resistencia y abastecimiento, “para evitar, así a los naturales del país como a extraños, la tentación de abusar en las ocasiones de cualquiera guerra, o en la de alborotos internos”. Tampoco escapa a su apreciación la presencia de hombres capaces de promover serios disturbios en América, sobre los cuales debe ejercerse estrecha vigilancia policial.¹⁴

Años más tarde, bajo el reinado de Carlos IV, vuelve a actualizarse la seguridad del imperio. Por 1804 don Manuel Godoy, el discutido ministro de aquel monarca, se encarga de formular nuevo proyecto. En sus *Memorias* esboza las causas que le movieron a presentarlo y expone ideas propias sobre la situación americana. Es necesario tener presente que Godoy escribió esas memorias para refutar a sus detractores, defendiendo a Carlos IV, y para reivindicar su propia gestión política.¹⁵

Si Aranda es el visionario que, casi con fatalismo, anuncia un funesto porvenir, y Floridablanca el político sereno que confía en resolverlo todo por medio de reformas administrativas, Godoy es el estadista calculador por excelencia. Ve la cuestión americana desde un punto de vista conectado estrechamente con la política europea de su tiempo. Arrastrada por los acontecimientos, España confronta terrible dilema: o cedía ante la creciente presión diplomática ejercida por Napoleón para hacerla caer dentro de su órbita de intereses, o trataba de buscar un acercamiento con Inglaterra en un gesto de audaz desafío al corso. En ambos sentidos la elección entrañaba serios peligros para la soberanía de España y su imperio. La suerte del segundo se jugaba, dado el

caso de tener que optar por la primera disyuntiva; pues ella significaba el sometimiento incondicional de la península a los dictados del dominador de Europa; entonces la reacción de Inglaterra no podía ser otra que cerrar con su poderosa armada las rutas marítimas y por consiguiente cortar a España de toda comunicación con América. Aquí España salía perdiendo todo: su soberanía como nación independiente y sus posesiones de ultramar, pues, desarticuladas de la metrópoli, quedaban en capacidad de gobernarse por cuenta propia o abiertas a los ataques ingleses.

La segunda solución, alianza con Inglaterra, podía ser alcanzada a costa de hacerle concesiones ventajosas en el comercio americano, pero no impedía que España quedase a merced de los ejércitos franceses. Por tanto, había que escoger entre dos males el menor, y éste era el segundo; ya que por lo menos salvaba el imperio, donde podía refugiarse la corte ante la eventualidad de tener que abandonar la península.

Justa es la alarma de Godoy al decir: "Fácil era prever que el estado de la Europa..., en la ambición creciente..., del jefe de la Francia y en la rivalidad de la Inglaterra, que nuestra paz no sería estable, ni bastaría ningún recurso de la prudencia humana para evitar un rompimiento con la una o con la otra. En cualquiera de los dos casos peligraba más o menos la conservación de las Américas."¹⁶

A Godoy la situación interna americana no le inquieta lo más mínimo. Sus conclusiones rebosan optimismo, muy discutible por superficial. En él es notorio aquel afán de loar el reinado de Carlos IV, comparándolo con los anteriores y posteriores, sobre quienes distribuye equitativamente la culpa del desastre final; "...como quiera que otros piensen, cuando entró a reinar Carlos IV el bien o el mal estaba hecho" son sus frases de descargo.¹⁷ Para fundamentar esa posición, acusadora y defensiva a la vez, lo ocurrido en América brinda argumento sólido. Bajo Carlos IV los americanos eran refractarios a la menor idea de emancipación: "No había entonces en las Américas entre la gente establecida, por poco que gozase de algunos bienes, quien pensara que fuese provechoso... emanciparse... ni que tamaña empresa pudiera acometerse sin aventurar la ruina entera de los bienes que estaban ya fundados..."

lejos de prometerle ningún bien... les hacía temer al contrario la disolución entera del Estado.”¹⁸

Consecuencia natural de aquella repugnancia por cualquier manifestación separatista, tenía que ser una fidelidad incondicional, de la cual, según Godoy, el rey recibió pruebas fehacientes: “para gloria y feliz recordación de Carlos IV... los innumerables dominios de ultramar... fueron fieles a su gobierno con voluntad la más perfecta, y le guardaron la lealtad no sólo resistiendo las seducciones y promesas... sino lo que es más, luchando... con valor heroico en cuantos casos se ofrecieron para mantener sus lazos con la madre patria... Quietud tan general, obediencia tan sostenida y sincera... no se vieron jamás en los reinados anteriores”.¹⁹ Para conservar intacto ambiente tan favorable sólo se requería el empleo de una política tutelar exenta del menor indicio de superioridad española sobre el americano, “mi regla... fué la de hacer que aquellos pueblos se reconociesen tratados por nosotros como hermanos... sin otra diferencia en cuanto a su gobierno, sino aquella que era precisa, y que ellos mismos ni la desconocieron ni la odiaron bajo el cetro suave con que mandaba Carlos IV”.²⁰

Si confrontásemos las deducciones de Godoy con la realidad misma, hallaríamos que no reflejaban el verdadero sentir de algunos sectores mayoritarios y orientadores de la opinión americana. Equivocado o no, Godoy sólo medía los peligros que acechaban al imperio por el que amenazaba a la monarquía en Europa. Imperativo del momento era salvar el tambaleante trono de los Borbones, en plena decadencia; América ofrecía terreno propicio para instalar una prolongación de su dinastía. Dentro de esas circunstancias el Príncipe de la Paz elabora su proyecto. La síntesis de él figura en sus *Memorias* en los términos siguientes: “Mi pensamiento fué que en lugar de virreyes, fuesen nuestros Infantes a América; que tomasen el título de Príncipes regentes; que se hiciesen amar allí; que llenasen con su presencia la ambición y el orgullo de aquellos naturales; que les acompañase un buen Consejo con Ministros responsables; que gobernase allí con ellos un Senado, mitad de americanos y mitad de españoles; que se mejorasen y acomodaran a los tiempos las leyes de las Indias, y que los negocios del país se terminasen y fuesen fenecidos en los Tribunales propios de cada cual de esta regen-

cia, salvo sólo aquellos casos en que el interés común de la metrópoli y de los pueblos de América requiriese terminarlos en España.”²¹ Dentro de sus lineamientos generales tenía alcances renovadores francamente revolucionarios. Representaba un traslado global de las instituciones características de la monarquía; su aplicación hubiese demandado la completa reestructuración política, legislativa y judicial de la América española.

Conociendo Godoy la cierta similitud que guardaba su plan con el de Aranda, y que por tanto podía tachársele de plagio, se apresura a indicar las diferencias que separaban al uno del otro, “el mío distaba cielo y tierra de el del Conde”; distanciamiento que consistía en haber intentado su antecesor “enajenar el continente entero de la América española a favor de tres infantes de Castilla”, cuyo resultado no habría sido otro que “perderla enteramente”. Esos pactos de familia, recomendados por Aranda como mejor garantía para conservar el vínculo dinástico, son objeto de ruda crítica por parte de Godoy. “¿Qué se podía fiar en pactos ni tratados a tan largas distancias donde la política extranjera habría podido enajenar el corazón de aquellos príncipes... ora por reducción, ora por medio de las armas?”²² Censuras muy propias de quien, por larga experiencia, conocía la validez de tales instrumentos.

Posición irreductible adopta Godoy cuando se habla de desmembrar el imperio; la unidad del mismo representa casi la razón de ser de España; conservarlo políticamente íntegro es su obsesión: “Nada de enajenar —dice— ni un palmo tan siquiera de aquel glorioso y rico Imperio de las Indias; nada de quitar a la corona augusta de Castilla lo que le daba tanto lustre, tanto peso y tanto poder entre los demás pueblos de Europa.”²³

Aparte de esas diferencias de forma, hay la de índole nacionalista. Godoy moteja el plan de Aranda de ser “francés enteramente”, mientras que el suyo fué “español enteramente”. Ajeno a nuestro propósito sería discutir hasta dónde fué sincero el nacionalismo de cada uno; lo cierto es que sus planes y proyectos no fueron del todo ajenos a las ambiciones personales de sus autores, a las influencias externas que en parte los inspiraron. Aranda, embajador de Carlos III en París, ostentó marcadas tendencias francófilas; y Godoy, forzado por recíproca enemistad

con Napoleón, era inclinado a contemporizar con Inglaterra. Antagonismos peculiares, determinados por el estado de cosas europeo, que no impiden ver cierta preocupación común: evitar la definitiva pérdida de América y el colapso de la monarquía española. Haciendo abstracción de sus divergencias y de las influencias externas que en ambos operaron, cabe aceptar dichos proyectos como manifestación apremiante del criterio español en el período previo a la independencia americana.

La vacilante política de los últimos Borbones desoyó por lo general cuanta proposición les fué hecha en orden a introducir reformas sustanciales en el régimen colonial. El proyecto de Godoy tuvo mejor suerte; alcanzó a merecer el examen de una junta de ocho prelados, aparte de ser sometido a la opinión de otros consejeros reales, aceptándosele en principio; pero, maniobras de Napoleón destinadas a obstaculizarlo y la ruptura de la paz con Inglaterra, dieron por tierra con todo lo adelantado. El Príncipe de la Paz lamenta amargamente la lentitud con que se hicieron las gestiones, que, a su parecer, de haber sido hechas a tiempo, habrían cambiado la suerte del imperio y de la monarquía.²⁴

No había de pasar mucho tiempo sin que los hechos diesen plena razón a Godoy y Aranda sucesivamente. En 1808 Napoleón destrona la dinastía borbónica mediante la abdicación de Bayona, donde, por ironía del destino, el Príncipe de la Paz es uno de los signatarios. El pueblo español reacciona violentamente contra el usurpador, iniciando su "guerra por la independencia" que alcanza hasta 1814.

Mientras tanto, las fuerzas impulsoras de la emancipación americana iban adquiriendo gradual e incontenible influencia en el ambiente, hasta provocar los primeros estallidos concretos de rebelión, aislados por cierto, pero que se esparcieron de un extremo a otro del ámbito colonial, conforme el poderío español era batido en sus reductos.

Para España la inevitable emancipación de América se presenta con toda su cruda realidad cuando apenas acaba de salir victoriosa, pero agotada, del tremendo esfuerzo que le significó la guerra contra el poderío francés en el suelo patrio. Si espiritualmente el triunfo contribuyó a revivir aquel clásico orgullo hispano, la reacción absolutista, que logra reponer a Fernando VII en el trono, provoca el desconcierto en la opinión nacional y el estancamiento de un naciente idealismo democrático.

Las Cortes de 1810 revelaron estar poseídas de afanes renovadores nacidos al calor de ideas liberales. No obstante su inexperiencia en el terreno de la acción política, ese balbuceante liberalismo logra dar a España por vez primera en su historia una Constitución (1812). Sus creadores la ofrecieron al sufrido pueblo español como panacea de todos los males que la agobiaban. Sin embargo, la Constitución resultó producto extemporáneo de una efervescencia idealista y limitada a unos pocos. La guerra con Francia fué hecha sin perder de vista al rey, símbolo de la resistencia. Todos los organismos que se sucedieron en el gobierno de la península durante esos años, juntas provinciales, Junta Central de Sevilla, Consejo de Regencia en Cádiz y las mismas Cortes, actuaron, proveyeron y legislaron en ausencia del monarca, o mejor dicho, en su nombre. La propia Constitución no escapó de esa influencia mayestática tan arraigada en la conciencia española. Si bien creó una monarquía parlamentaria, sujeta a su articulado, dejó incólume el prestigio y ascendiente que el monarca tenía sobre las masas. Por esto no es sorprendente que el rey cautivo en Valencey hubiese sido elevado a categoría de ídolo y héroe; al terminar la contienda era "el deseado".

Expulsado el invasor de España vuelve apoteóticamente al trono Fernando VII. Tanto monarquistas como liberales corren a su encuentro con propósitos diferentes; unos dispuestos a provocar la caída de los reformadores, y otros, con su Constitución en la diestra, creyendo cándidamente que el rey la juraría sin vacilar. Pero aquél sólo escucha a los primeros y con un simple decreto fulmina a los segundos, anula la carta política y declara vigentes las antiguas instituciones.

Si los años de guerra fueron vividos por España en medio de obvia anarquía, la etapa siguiente, 1814-1820, transcurrió bajo un régimen de desorganización que muchos españoles calificaron de desgobierno. Todos los actos de Fernando VII estuvieron presididos por el más desenfrenado absolutismo. El término "liberal" sirvió para justificar la implacable represión de cuanto pudo significar lo mismo descontento que oposición.

Mucho espacio ocuparía enumerar la incontable serie de errores y arbitrariedades, políticas y administrativas, cometidas por aquel funesto monarca. Sólo escuchó los dictados de su naturaleza pérfida y cruel, se

embriagó con el incienso de la lisonja cortesana, dió pábulo a las intrigas de la “camarilla” palaciega y, en fin, se concitó el odio de los mismos que habían aclamado su retorno.

Así, imperando ese ambiente de inseguridad pública, el optimismo nacional que produjo la victoria se trocó en un sentimiento de perplejidad e indiferencia, bajo el cual los españoles recibieron las noticias de la emancipación americana. La inquietante situación interna absorbió gran parte del interés que el hecho reclamaba. Fernández Almagro, en su reciente trabajo, recoge algunas manifestaciones del sentir hispano en aquella época.²⁵ El mismo autor corrobora nuestra idea de que los altibajos de la política peninsular relegaron a segundo término lo concerniente a América: “No le impresionó mucho —escribe— y ninguno de los bandos en lucha quiso darse cuenta del grado en que habían comprometido sus discordias interiores, la presencia y porvenir de España en el Nuevo Mundo...” Y afirma: “No se nombra a América en la literatura revolucionaria y contrarrevolucionaria de 1820... callan también el tema las disposiciones de la Gaceta.”²⁶

Se podría interpretar ese silencio en torno al asunto americano como producto inmediato de incredulidad y falta de información cierta sobre lo acontecido. Ejemplo tenemos en la forma de barajar las primeras noticias que sobre la capitulación de Ayacucho se recibieron en España. El *Correo Mercantil* de Cádiz (19 de abril de 1825), comentando informes de La Habana, anota: “Aquí [en Cuba] han corrido impresas las capitulaciones del ejército realista del Perú, derrotado por Bolívar en 9 de diciembre; pero a pocos días llegó un pasajero que salió de Lima el 2 del mismo, y ha dicho que todo es forjado por los colombianos... Esta misma relación se vió corroborada por carta del Callao de la propia fecha: *con lo que no dudamos* —dice el articulista— *que la tal capitulación es uno de los muchos inventos de los colombianos.*”²⁷

Si antes hemos visto que en 1820 la prensa peninsular optaba por el silencio ante los progresos emancipadores de América, correspondiendo a un tiempo en que los ejércitos españoles no habían sido derrotados todavía, por 1825, arriado ya el pabellón castellano, esa misma prensa revela mayor indiferencia aún.²⁸ En mutismo tan acentuado mucho tuvo que ver la estricta censura. De 1810 a 1814 había gozado la prensa

de absoluta libertad, lindando con el libelo; ahora al absolutismo le convenía acallar sus voces. Pero, aceptando el máximo de limitaciones, y por más monarquista que fuese el periodismo, la independencia del Nuevo Mundo le brindaba amplio campo para exteriorizar justa indignación hacia América, por lo menos, o para levantar los ánimos con una bien dosificada propaganda de reconquista, recursos usados en abundancia durante la ocupación francesa. En conclusión, hay amplio margen para conjeturar que su silencio expresó, más o menos, fielmente, la conciencia del pueblo español, distraído y resignado ante la evidencia.

Fijada así, sucintamente, la posición adoptada por buena parte de la opinión pública española frente a nuestra independencia, volvamos la atención hacia aquellos que, singularizándose en medio de la indiferencia dominante, se negaron a admitir la liquidación del imperio.

Ellos sí recibieron con estupor el terrible golpe. Su primera reacción fué calificar con dureza la actitud de las colonias: ingratitude es el más socorrido adjetivo. Para demostrarla hacen la apología del coloniaje. Prevalen en el reducido campo de expresión las airadas voces de los conservadores, intransigentes o moderados. Pocos se detienen a mirar en el pasado los errores acumulados por la monarquía sobre su cabeza; si lo hacen, es con timidez, para ofrecer al rey el camino de una probable reconquista. Muchos, y Fernando VII con ellos, piensan que tal cosa es factible. Se llega a trazar planes para llevarla a la práctica. Pero España ya nada puede hacer. Convulsionada por sordas luchas intestinas, agobiada moralmente, desprestigiada en el exterior, sin recursos materiales, poca o ninguna atención puede prestar a consejos de esa índole. Pasadas las primeras explosiones, hijas de la amargura y del despecho, se van serenando los ánimos. América independiente es una realidad tangible, un hecho consumado. La decisión de los pueblos americanos aplastaría cualquier intento de hollar su soberanía tan duramente ganada. Además, un hecho de trascendencia internacional contribuye a elevar su moral: Inglaterra y Estados Unidos han reconocido oficialmente la soberanía independiente de los países recién constituidos. Aquel inmenso imperio de ayer, ha quedado reducido hoy a minúsculas fronteras insulares: hay que salvar estos humildes despojos. El sentido común, y más que éste, el práctico, aconseja el reconoci-

miento de las repúblicas americanas. La bancarrota de España requiere el estrechamiento de nuevos vínculos con sus ex colonias. Con la derrota purgó pasados errores. Pero en América quedaron indestructibles las huellas de su obra civilizadora, pese a los graves defectos que muchos reconocen. Sus pueblos no podrán olvidarlo y acogerán con hidalguía la mano tendida por la Madre Patria.

El tiempo va cerrando heridas. A los hombres del liberalismo español, ya más maduro, les toca enjuiciar desde otro punto de vista la historia de España en aquel tumultuoso siglo XIX. Habiendo sentido en carne propia los rigores del absolutismo, vivido inquietas épocas de constitucionalismo y república, actuado en guerras civiles, presenciado el ocaso de España, en ellos va desapareciendo el españolismo exagerado y quijotesco. Ven en la emancipación americana el resultado lógico de la evolución de los pueblos. Caducos sistemas e instituciones coloniales estaban llamados a desaparecer. La historia lo comprobaba. Ningún poder, humano o divino, podía impedirlo. España, obcecada en no marchar como las demás naciones por el camino abierto gracias a las nuevas ideas sobre el hombre y la sociedad, negándose a admitir reformas, recelosa de todo progreso, poco o nada podía alegar en su favor. De haberse aplicado una política más liberal en sus colonias se hubiera retardado, no impedido, la independencia.

Este modesto cuadro de ideas refleja los resultados de nuestro estudio. No tenemos la pretensión de haber resuelto los problemas planteados a cada paso.

Ocho han sido los historiadores españoles cuyas obras hemos consultado, muy reducido número por cierto. Reconocemos que ellos no son, salvo excepciones, los más representativos del pensamiento español de su tiempo. La producción de todos abarca, en conjunto, desde 1811 a 1895; largo lapso que empequeñece aún más el contenido de este trabajo. Además, hay entre ellos amplias lagunas de tiempo que los separan. La deficiencia bibliográfica es mayor en la época inmediata a la independencia; los únicos tres autores que hemos tenido a mano distan de ser figuras características del momento. Reiterando que nuestro propósito no ha ido más allá de intentar un bosquejo, creemos haberlo satisfecho en parte.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS DE LOS AUTORES COMPRENDIDOS
EN EL PRESENTE TRABAJO

ÁLVARO FLÓREZ ESTRADA. Nació en Pola de Sorniedo alrededor de 1769 y murió en 1853. Previo estudio de leyes ingresa en la magistratura como procurador general de Asturias. Desempeñando dicho cargo sobreviene la invasión francesa, distinguiéndose por su eficaz contribución a organizar la resistencia asturiana. Diputado en las Cortes de 1810-1813, se plegó al liberalismo de ellas, posición política que le hizo merecedor de ser considerado entre los diputados liberales cuya prisión dispuso Fernando VII por decreto de 4 de mayo, 1814. Logró evadir el encarcelamiento huyendo con el conde de Toreno a Inglaterra. Desde allí dirige al monarca diversos manifiestos que le dieron fama como ardiente partidario del sistema constitucional; entre ellos destaca una notable *Representación hecha a S. M. el Sr. Fernando VII en defensa de las Cortes*, Londres, 1819.

Pasado el rigor de las persecuciones, regresa a España para dirigir en Cádiz un órgano opositorista, *El tribuno del Pueblo* (1820). Nuevamente elegido diputado a Cortes (1820-1823), figura como tenaz enemigo de las medidas absolutistas, viéndose otra vez obligado a buscar refugio en Inglaterra, donde permanece hasta el restablecimiento de la monarquía constitucional, durante la minoría de edad de Isabel II. Poco después es elegido miembro del Senado, cuya presidencia alcanza.

A semejanza de muchos hombres de su época, Flórez Estrada se vió arrastrado a la vida política por el torbellino de los acontecimientos. Su campo de acción era la economía, materia en la cual llegó a ser considerado como la figura española más prominente de principios del siglo pasado. Seguidor de las doctrinas inglesas sustentadas por Ricardo M. Culoch y James Stuart Mill, la producción de Flórez Estrada en esta disciplina fué copiosa; su obra maestra es un tratado de economía política, recibido favorablemente por la crítica y objeto de varias ediciones en francés e inglés.

Las Cortes de 1820 fueron testigo de su mejor actuación política. No deslumbró como orador de nota precisamente; mientras los demás diputados hacían gala de una oratoria florida, elegante y exaltada, en él predominaba el hombre de ciencia grave y profundo, "porque pensaba más que sentía, porque tenía más perfecto el cerebro que la lengua".

El pensamiento político de Flórez Estrada, influido por ideas inglesas, tenía su norte en la más amplia concesión de libertades al individuo: "...cualquier medio le parecía bueno con tal de llegar adonde se proponía. Para él, siempre el poder era un enemigo de la libertad, y creía impecable al pueblo, asustándole más las arbitrariedades y desmanes de los gobiernos que los excesos de los revolucionarios... abogado fervoroso de la justicia e igualdad, soñaba con una república por estilo de la de Platón..."³⁰

Flórez Estrada se acerca al tema americano en época temprana, cuando apenas surgían las primeras inquietudes separatistas en México, Caracas y Buenos Aires. Viendo cómo Francia hollaba la soberanía española, cuyos restos se aferraban precariamente a los estrechos límites de Cádiz, debieron sonar muy mal a sus oídos aquellos murmullos del Nuevo Mundo. Adelantándose a los hechos escribe un libro: *Examen imparcial de las disensiones de la América con España, de los medios de su recíproco interés y de la utilidad de los aliados de España*, Londres, 1811, y Cádiz, 1812. El asunto principal de esta obra es una crítica sistemática de los errores cometidos por España en sus relaciones comerciales con América. Sólo el primer capítulo está dedicado a juzgar la actitud americana. Y lo hace en tono mesurado, doctoral, casi solemne; reprocha los actos tendientes a buscar la independencia sin llegar al epíteto, ni a la recriminación exaltada. Todo el capítulo es un constante esfuerzo por demostrar los peligros que encierra una libertad obtenida antes de escuchar los dictados de la razón y el interés mutuo hispanoamericano. Como buen economista ve en América la reserva potencial de España para hacer frente al invasor: "La América... poseedora de producciones muy ricas; es casi el único país del mundo que disfruta exclusivamente las que siempre fueron más codiciadas de los pueblos civilizados",³¹ riqueza que a la vez es un don y un peligro, pues "la ponen en tener siempre por enemigos a todas las naciones de la Europa".

Flórez Estrada no acierta a desentrañar los alcances que han de tener aquellos primeros conatos de emancipación: Caracas y Buenos Aires. No obstante su vasta preparación en ideas y leyes económicas, carece de certera visión política. Líneas arriba hemos dicho que debieron sonar muy mal a sus oídos esos murmullos del Nuevo Mundo, pero no porque viese en ellos peligros futuros, sino por las dificultades que provocaban a un hecho presente: la guerra de España con Francia. Los sucesos de Caracas y Buenos Aires, sin dejar de lado a México, por razón de darse simultáneamente en provincias tan separadas unas de otras, y ofrecer orientaciones muy similares, eran otros tantos síntomas precursores de una acción general. Más aún: el autor prepara su libro en 1810, es publicado en Londres al año siguiente y hace la segunda edición en Cádiz, 1812. Exactamente los tres años de vida que tuvieron las Cortes, donde el autor, miembro de ellas, escuchó las demandas planteadas por los diputados americanos y sus avisos sobre el peligro que representaba el descontento del imperio. Con todo, Flórez Estrada restó importancia a unas y a otros. La palabra "disensiones", es decir, diferencia de pareceres, que influye en el título de su obra, expresa bien la desaprensión con que miró los problemas de América. Se limitó a intervenir como árbitro entre dos bandos, separados nada más que por disparidad de opiniones.

Muéstrase algo dolido porque los americanos planteen su emancipación en momentos en que a España le es casi imposible atender debidamente esas demandas; lo que muchos tildan de ingratitud, es calificado por él de inconsecuencia. Pide a aquéllos serenidad y comprensión, que permanezcan "espectadores tranquilos, y sin que tuviesen que hacer por su parte ningún sacrificio, iban a lograr... las reformas que podían apetecer".³² El acento de Flórez Estrada es el de un padre de familia, empeñado en conducir a sus hijos por el camino del bien y la seguridad.

JOSÉ PRESAS. Nace en San Feliu de Guixols (Cataluña), año indeterminado, y muere en Madrid, 1842. Era poseedor de mediana cultura; graduado de teología en la Universidad de Buenos Aires. Participa más o menos activamente en la organización política y adminis-

trativa española durante los años de la invasión francesa y la restauración de Fernando VII. En Brasil redacta el manifiesto de los príncipes aliados contra Napoleón. La princesa de Borbón lo nombra secretario en el período de la alianza de Portugal e Inglaterra contra Francia. Al regresar a España, 1812, obtiene un cargo en el Ministerio de Gracia y Justicia para pasar más tarde a México como administrador de rentas reales. La completa independencia de Nueva España le obliga a retornar a la metrópoli en 1823. Al año siguiente presenta un informe sobre la situación en que había dejado a México, poniendo énfasis en las posibilidades de reconquistarlo. Desengañado por la indiferencia con que fué acogido y, aunque de ideas monárquicas, desafecto al régimen absolutista de Fernando VII, emigra a Francia, donde permanece hasta la muerte del monarca.

De su producción literaria, no muy abundante, hemos considerado útil para las necesidades del presente trabajo el libro *Juicio imparcial sobre las principales causas de la revolución americana*, Burdeos, 1828, lugar de impresión que nos indica haber sido escrito mientras permanecía exiliado en Francia.

Sus fuentes de información se limitan a la propia experiencia, adquirida en México como funcionario de la administración colonial. No pasa de ser una especie de modesto informe orientado a exponer ante la opinión española los errores políticos de Carlos III y Fernando VII, a quienes culpa del desastre colonial, especialmente al segundo, por su riguroso absolutismo. Con amargura lamenta que España hubiese desperdiciado las muchas oportunidades de reconquista. Termina por aceptar el hecho consumado de la independencia americana y aconseja su reconocimiento, único medio de reparar los graves perjuicios ocasionados a la economía española por el derrumbe de su imperio.

El punto de vista de Presas es el de un español de tipo medio, partidario del régimen colonial con mano de hierro; enemigo de toda reforma política y administrativa en favor del criollo. Aparte de sus duros ataques al absolutismo, se muestra ardiente partidario de las instituciones y sistemas coloniales.

MARIANO TORRENTE. Nace en Barbastro (Aragón), octubre de 1792, y muere en La Habana, julio de 1856. No hemos podido localizar las fuentes de su formación cultural. Sin embargo, de su obra se desprende que tuvo una preparación más sólida que el anterior. Partidario incondicional del absolutismo fernandino, representa el tipo del conservador intransigente. Tal posición ideológica es razón para que emigre a Inglaterra cuando es proclamada la Constitución de 1820, segunda época constitucional española. Vuelto a España en 1827, desempeña una intendencia de provincia para luego pasar, en 1834, a La Habana nombrado administrador general de las rentas reales.

Escribe tanto sobre geografía como economía, la esclavitud y el periodismo en Cuba. Su principal contribución a los asuntos americanos es una *Historia general de la revolución hispanoamericana*, Madrid, 1829, tres volúmenes. Como historiador propiamente dicho su valor es casi nulo. Reunió materiales en España, Francia e Inglaterra, directamente de los ex funcionarios coloniales y miembros del derrotado ejército español. En Inglaterra hizo amistad con el desterrado ex emperador de México, Iturbide, afianzada después por estrecha correspondencia. Así informado con versiones unilaterales sobre la independencia de América, y guiado por ferviente conservadurismo, ofrece una versión completamente parcial de los hechos, no vacilando en desfigurarlos cuando las circunstancias se lo exigen. Constante preocupación suya es presentar la revolución americana como impopular entre las masas. Ataca con fuertes adjetivos a los líderes del movimiento. El sentimiento racial y clasista, en él muy marcado, lo lleva a tratar despectivamente al criollo americano. En el fondo de todas sus expresiones hay un vivo rencor de español ofendido por la "ingratitude americana". Esta historia de Torrente ha sido acremente censurada en la propia España. Uno de los autores consultados, don Miguel Morayta, emite el siguiente juicio sobre su filiación política y la obra: "historiador de la guerra de independencia de América... entusiasta de Fernando VII y acérrimo enemigo de la Constitución";³³ "libro escaso de crítica, informado con un espíritu estrecho, inadmisibles por lo estrecho, pero abundante en datos que constituyen un excelente auxiliar para el estudio de esta parte de nuestra historia nacional".³⁴ En otro lugar hemos hallado una crítica,

más dura todavía, sobre nuestro personaje, la cual transcribimos por considerarla interesante, aunque es de época reciente: “La obra de Torrente, pagada por la Corte de España, para combatir y desacreditar a los patriotas de América, no es, a pesar de su título, una historia. A veces linda con el libelo; y los escrúpulos, en punto a veracidad, no entran al autor. Con todo, tiene su mérito, como obra de un contemporáneo...”³⁵

CONDE DE TORENO. José María Queipo de Llano Ruiz de Saravia vió la luz primera en Oviedo, noviembre de 1786, murió en París, septiembre de 1843. Adquirió una extensa cultura que abarcaba ciencias físicas y naturales, lingüística y humanidades. Interviene desde temprana edad en las actividades políticas de España, identificándose con las ideas liberales. Toreno es el ejemplo típico del pensador europeo de principios del siglo XIX: “Empapado... en las ideas de la reforma, dominantes de aquella época; alucinado como tantos otros por los vagos y metafísicos de la Enciclopedia; resonando aún en sus oídos las democráticas máximas de la revolución de Francia... había de proclamar... la soberanía nacional y las consecuencias democráticas de aquel inexplicable enigma”. Enemigo irreductible del absolutismo, conoció la amargura del destierro en cuatro oportunidades. Diputado por su provincia natal, Oviedo, a las Cortes de Cádiz en 1810, cuya convocatoria se debió en gran parte a la activa propaganda de Toreno, destaca en ellas como orador y político, sobre todo en la “organización de la Hacienda, mostrábase profundo estadista, hombre de gobierno... político de práctica y de previsión”.³⁶ Por este tiempo sus intervenciones tienen el tinte dogmático similar al de un miembro de la Convención Nacional francesa; por ejemplo, cuando aboga por la abolición de los señoríos jurisdiccionales, exclama: “Los hombres se constituyen en sociedad para su felicidad, no para darse grillos. Las naciones no son manadas que se dan y toman a gusto de su dueño. Los reyes jamás pudieron ni debieron hacer regalos con los pueblos como si fueran joyas”.³⁷ Cierra esa etapa inicial de su vida pública el destierro forzoso que le impone la restauración de Fernando VII; es de los pocos que logran evadir la cárcel.³⁸

La marea de los sucesos le devuelve a España para tomar parte en las Cortes de 1820. Aparece ahora un conde de Toreno con ideas transformadas. Abandonando el liberalismo de juventud, ingresa en las filas conservadoras: "Lanzado ya... en la senda de la moderación y de la templanza, afiliado resueltamente en el bando conservador, la causa del orden, el principio de autoridad, el respeto a la ley tenían en él un abogado incansable, un defensor celoso, un partidario decidido".³⁹ De aquí en adelante no cesará de figurar en el escenario político, bien como diputado a Cortes, ministro de Hacienda (1834), presidente del Consejo de Ministros (1835), compartiendo estas actividades con el ostracismo, blanco de la calumnia, hasta su final rehabilitación.

Desde 1827 empieza a escribir la *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*, Madrid, 1835-37, en cinco volúmenes. Obra de gran valor literario e histórico, dedicada a exponer los sucesos de la turbulenta época en que le tocó vivir como testigo y actor. Por los méritos indicados fué nombrado académico de la historia.

Para los requerimientos de nuestro trabajo hemos consultado la citada historia en los lugares que trata de la independencia americana, suceso enfocado por Toreno a través de la labor desplegada por las Cortes de Cádiz. Como miembro de ellas estuvo en condiciones de apreciar directamente la situación colonial, oyendo de viva voz las reclamaciones presentadas por los diputados americanos. Condición que, a nuestro juicio, influyó decisivamente en sus conceptos sobre la independencia; pues, al juzgar sus causas, se muestra moderado. Admite la consumación de ella como producto de una acumulación de circunstancias políticas que reaccionaron con violencia debido al absolutismo de Fernando VII. El único reproche que hace a América es, sin llegar al lugar común de la ingratitud, haber abandonado a España cuando Napoleón la arrollaba, actitud que en el fondo justifica. No obstante su evolución ideológica, del liberalismo al conservadurismo, se muestra tolerante en lo fundamental de sus juicios.

MODESTO LAFUENTE Y ZAMALLOA. Nace en Rabanal de los Caballeros, mayo de 1806, y muere en Madrid, octubre de 1866. El destacado historiador español de mediados del siglo pasado ostenta una

personalidad de características muy particulares. Iniciado en la carrera eclesiástica, renuncia a ella para participar en actividades más intensas como la política y el periodismo satírico. Fundó un periódico de este género, el *Fray Gerundio*, donde, en prosa y en verso, fustigó las costumbres y hombres de la época. Políticamente su filiación fué liberal. No obstante haberse separado del clero, defendió en las Cortes Constituyentes la unidad religiosa.

Con propósito de completar la historia del padre Mariana dedicó veinte años de intensa labor a preparar su *Historia General de España*, cuya edición, en veintinueve volúmenes, se hizo en Madrid entre 1850 y 1867. Lafuente escribió la historia desde los tiempos primitivos hasta la muerte de Fernando VII, y el ilustre Juan Valera, más literato que historiador, la prosiguió hasta el reinado de Alfonso XII.

La historia de Lafuente está escrita a la manera erudita del siglo XIX. Sus juicios críticos ostentan un tono mesurado y reflexivo, matizados por la influencia religiosa de su cultura. En el prólogo expone el concepto que tiene de la historia. Providencialista como Bossuet, sustenta a la vez un definido criterio pragmático para estudiar las causas de la historia y descubrir en ellas la intervención divina, las relaciones sociales de los pueblos en sentido universal y, lo que para él es incuestionable, la capacidad de la historia como fuente de lecciones útiles. “Para que la historia haga efectivo el título de maestra de los hombres —escribe—... para que sus lecciones puedan ser provechosas a la humanidad... necesita salir de la esfera de una vasta colección de hechos, a que ha estado reducida... Menester es entrar en el examen de sus causas, descubrir el enlace de los acontecimientos, revelar por medio de ellos hasta lo posible los grandes fines de la providencia, las relaciones entre Dios y las criaturas, la conexión de la vida social de cada pueblo con la vida universal de la humanidad, la trabazón y correspondencia entre las ideas y los hechos, entre lo moral y lo material; presentarla, en fin, como la palabra sucesiva con que Dios está perpetuamente hablando con los hombres.”⁴⁰

Comulga con Voltaire en cuanto a la necesidad de filosofar acerca de la historia, que no es “una compilación de sucesos que pasaron más o menos cerca de nosotros”.⁴¹

Siguiendo las normas de la escuela científica, reconoce que las cualidades indispensables de un historiador deben ser “el desapasionamiento y la imparcialidad...”; normas, para él, aplicables con relativa seguridad al “juzgar los hechos y los hombres de épocas pasadas, que se examinan a la luz de los documentos, y en que es infinitamente más fácil despojarse de su individualidad y mantener fuera de juego las pasiones propias”; mas no muestra certidumbre de poderlo hacer cuando se discuten figuras contemporáneas. “¿Pero quién puede estar seguro de ser siempre y del todo desapasionado, cuando se juzga a contemporáneos, cuando se desempeña el triple papel de testigo, actor y de censor simultáneamente?”⁴²

Al analizar la independencia de América ejercita fielmente su credo histórico. Es imparcial hasta donde hechos y circunstancias se lo permiten. No escatima quejas contra los americanos por su “injustificada ingratitud” al separarse de España. Veladamente admite lo inevitable de la emancipación. No faltan referencias a la intervención del providencialismo en aquel suceso. Salvo estas apreciaciones propias, que creemos resultado inevitable de un moderado españolismo y de la procedencia religiosa de su cultura, como historiador se mantiene por lo general ceñido a una imparcialidad definida.

FRANCISCO PÍ Y MARGALL (1831–1891). Destacado hombre público español, figura en el campo ultraliberal. Su intensa carrera política culmina con la presidencia de la república democrática federal, proclamada en junio de 1873, cargo que dimite un mes más tarde por no haber podido conciliar su política con las derechas. El programa de gobierno que intentó llevar a la práctica contenía puntos encaminados a resolver en forma definitiva la situación legal de las últimas posesiones españolas en ultramar: abolición de la esclavitud en Cuba y el establecimiento de todas las libertades en esa isla.

Las principales producciones literarias de Pí y Margall tienen un definido carácter social al que no es ajena la influencia de Proudhon. Incursionando en el campo de la historia, preparó el primer tomo de una *Historia General de América*, Madrid, 1878; pero su mayor aporte ha sido *Historia de España en el siglo XIX*, Barcelona, 1902, 8 vols.

Obra escrita en colaboración con su hijo, Francisco Pí y Arsuaga, de cuya pluma se supone ser la mayor parte de ella, pero por la suma de los trabajos acumulados figura bajo el nombre del padre. Condición que nos ha guiado para estimar como propios de Pí y Margall los juicios que sobre la independencia americana hay en esa historia. Rasgo común de todas las historias de España, parciales o generales, es referir la separación de América como un suceso de secundaria importancia dentro del cuadro general. Pí y Margall sigue igual norma.

Actuando ya en una época que marcaba el ocaso de España en el concierto de las potencias coloniales, la solución de sus problemas estaba circunscrita sólo a fronteras europeas; los jirones del antiguo imperio carecían de importancia. Por eso Pí y Margall, con criterio realista, fué partidario de concederles todo género de libertades. Intentó resolver el problema de Cuba, defendiendo por 1890, en el semanario *El Nuevo Régimen*, su completa autonomía. Anteriormente, durante el breve mandato presidencial que tuvo, reconociendo la inminente pérdida de las Antillas, esbozó un plan destinado a ganar el apoyo de Estados Unidos mediante concesión de franquicias comerciales en Cuba, posesión que recibiría los beneficios resultantes de abolir la esclavitud y reconocerla como estado federal de la república española. En compensación, España debía ser considerada nación americana, y por tal virtud se beneficiaría con la doctrina de Monroe. Estados Unidos entregaría, además, cinco millones de reales para aliviar la aflictiva situación financiera española. El proyecto no llegó a tomar carácter oficial; su intento se redujo a sondeos personales que hizo ante influyentes políticos norteamericanos.

Independizada Cuba (1898), en Pí y Margall se produce una reacción que fué común entre numerosos intelectuales españoles a fines del siglo XIX: un antiespañolismo extremo como nueva posición crítica para tratar de entender las causas que llevaron a España por el sendero del desastre definitivo. Fruto de esa actitud es la serie de artículos que escribe para *El Nuevo Régimen*, semanario antes citado, en los cuales endereza una despiadada catilinaria contra todas las manifestaciones de la política colonial hispana. Nada escapa a su cáustica pluma: conquistadores, encomienda, frailes, religión, Leyes de Indias, etc., todo está

estigmatizado por "la mayor barbarie, así en la lucha como después de la victoria". Le subleva el intento que muchos hacen por disimular la pérdida de América, glorificando el régimen colonizador: "Algunos periódicos, para consolarnos de nuestros desastres, recuerdan hoy las glorias que adquirimos en la conquista de América. Sería mejor que las callaran. Si creyéramos en la providencia, diríamos que en el presente siglo nos hace pagar los crímenes que ahí cometimos. Nuestras pretendidas glorias no fueron sino una interminable serie de hechos que nos deshonran... América toda se ha sublevado... contra nosotros, y ha conseguido al fin dejarnos sin una pulgada de territorio. Es el justo castigo de los crímenes que hemos convertido en glorias." ⁴³

Con tales antecedentes los conceptos del autor sobre la independencia americana son claros y precisos. Sin reticencias admite que las causas concurrentes a ella las creó España con su mal gobierno, su despotismo y demás defectos económicos y sociales que pesaron sobre el régimen colonial. Nada hay en él que trate de justificar aquellas viejas recriminaciones del españolismo herido por la "ingratitude" de América. Con el criterio realista que lo distingue, juzga la emancipación de las colonias como hecho lógico e inevitable. Sus expresiones son terminantes: "No hay colonia que tarde o temprano no aspire a su independencia..."; "no hay nada que detenga el movimiento de los pueblos hacia su emancipación".

JOSÉ COROLEU E IGLADA. Nace en Barcelona, agosto 1839; muere en dicha ciudad, mayo 1895. Puede considerársele, entre los autores consultados, al lado de Lafuente, como uno de los más versados en la cultura histórica. Defensor del federalismo catalán, desde el principio orientó sus investigaciones históricas hacia el estudio del derecho público de Cataluña desde los tiempos medievales.

Su última obra es *América, historia de su colonización, dominación e independencia*, Barcelona, 1895, 3 volúmenes. Al escribirla entró en un campo de investigaciones nuevo para él. El propósito fué vindicar la obra civilizadora española en el Nuevo Mundo de los ataques que autores extranjeros le habían dirigido. Quedó inconclusa por haber fallecido el autor el mismo año de la publicación.

Prologa los capítulos correspondientes al movimiento americano, manifestando deseos de “escudriñar y exponer con toda sinceridad los verdaderos orígenes del conflicto, hemos recurrido a las fuentes de información más acreditadas, procurando estimar en su justo valor los datos capaces de ilustrar nuestro criterio en una cuestión de tanta gravedad...”⁴⁴

Principal fuente de información para determinar las causas que provocaron el levantamiento, la tuvo, y así lo declara, en el informe de Jorge Juan y Antonio Ulloa, *Noticias secretas de América*, que él califica de “tremenda acusación fiscal contra las autoridades y los particulares que perpetuaban en América los abusos allí arraigados desde remotos tiempos”.⁴⁵

Siguiendo esa pauta, el historiador se muestra ecuánime al enjuiciar la independencia. De acuerdo con Jorge Juan y Antonio Ulloa da por ciertos e injustificables todos los abusos y exacciones practicadas durante los trescientos años de dominación, que prepararon el terreno para la insurrección. No escatima censuras a los gobiernos españoles de fines del XVIII e inicios del XIX, cuya inhabilidad en punto a resolver los asuntos americanos no obtuvo otro resultado que avivar el fuego de la revolución.

MIGUEL MORAYTA Y SAGRARIO. Nacido en Madrid, septiembre 1834, ciudad donde muere, enero 1895. Político y publicista español, contemporáneo de Coroleu. Con él cerramos el grupo de historiadores españoles incluidos en este trabajo.

Dedicado a labores docentes en las cátedras de historia de España e historia universal en la Universidad Central de Madrid, actuó frecuentemente en política como miembro del partido republicano. Personaje prominente de la masonería española, fué blanco de las iras eclesiásticas y excomulgado. En un célebre discurso de apertura de cursos en esa universidad, sostuvo la libertad de cátedra sin más limitaciones que las requeridas por la prudencia. Defendió teorías materialistas, racionalistas y anárquicas, contrarias a la constitución del Estado.

En el campo literario tuvo predilección por el periodismo al lado de Castelar y Canalejas o bien por cuenta propia. Paralelamente reveló

preocupaciones históricas escribiendo una *Historia General de España...*, Madrid, 1886-96, 9 volúmenes. En el ejercicio de la historia ocupa lugar modesto. Sin embargo, no hemos querido dejar pasar por alto las ideas que le sugiere América y su independencia, por considerarlo, en el tiempo, bastante alejado de ella y representar una especie de receptor de los argumentos sostenidos por sus antecesores en el mismo campo.

Sereno juzgador de los hechos, ve en la revolución americana el resultado justo de haber llegado sus pueblos a la mayoría de edad. Moderadamente piensa que los americanos debieron contemporizar con España antes de decidirse por la separación. Rechaza, en parte, la generalizada idea de "ingratitude", oponiendo el hecho de que en América existía desde muy atrás un profundo descontento, resuelto en crisis por los desaciertos gubernativos de España. La errada aplicación de la política liberal de 1820, desacatada por muchas autoridades coloniales, empujó a sus habitantes a luchar en forma definitiva por su liberación.

I

LA CULTURA EN LAS COLONIAS HISPANAS ⁴⁶

El problema de las aportaciones culturales de España en América recibe atención preferente por parte de algunos autores españoles que presencian los progresos de nuestra independencia. Dos poderosas razones les obligan a tratar el tema: una, desvirtuar las rudas censuras hechas por individuos de origen americano a la política cultural de España en sus colonias; otra, externa y de prestigio, levantar los cargos que en el mismo sentido hicieron escritores extranjeros, adeptos de la leyenda negra. Para refutar ambas acusaciones, se esfuerzan por presentar una América poseedora de nivel cultural bastante elevado y halagüeño. El afán justificativo les conduce a exagerar un tanto la realidad; no cejan de ponderar la influencia que en el ambiente intelectual del Nuevo Mundo tuvieron instituciones tales como: universidad, seminario, academia, escuela, etc.; pero nada dicen —nos referimos sólo a los escritores que hemos podido consultar— sobre la calidad de los estudios y la enseñanza

suministrada. Las limitaciones impuestas por el corto número de opiniones recogidas impiden ofrecer un cuadro bastante amplio, que pudiera abarcar tantos aspectos del panorama cultural en la América preindependiente.

Presas arguye que aquellos establecimientos culturales fueron obra de una política generosa de España hacia América.⁴⁷ Política reveladora, según él mismo, del “verdadero significado del nombre de colonias...” que los gobernantes españoles tenían respecto de las suyas.⁴⁸ También afirma que muchos de esos centros culturales no existieron en gran número de ciudades ibéricas.

La cultura derivada de política tan generosa resultó un estímulo para muchos americanos “que sintieron ver por sus propios ojos aquellos mismos objetos *cuyas teorías o principios* se les había explicado y enseñado, y varios hijos de casas poderosas vinieron a viajar a Europa...”⁴⁹

Llevando la cultura al terreno de los resultados, Presas lamenta lo que para él fué una política demasiado liberal en América, “en vez de coartar y poner límites a la ilustración que tan impolíticamente se había fomentado”.⁵⁰ En su concepto conservador, la cultura debió haberse restringido al extremo; los más elementales principios de administración colonial lo aconsejaban; Portugal e Inglaterra daban el ejemplo de países colonizadores enterados y previsores. Suministrar conocimientos a los americanos significó enseñarles la realidad, mostrarles el estado de sujeción a que estaban sometidos. “Era ignorar enteramente los sentimientos del corazón humano... para no prever que en el día que los Americanos llegasen a conocer su situación y a considerarse con suficiente fuerza para separarse de la metrópoli, dejasen de hacerlo en la primera ocasión...”⁵¹

El ingreso de extranjeros en América también está considerado como parte de aquella funesta política, cuyos principales auspiciadores fueron Carlos III y Carlos IV; admisión tolerada y protegida “contra lo sabiamente dispuesto por las leyes de Indias”, resultando tal ingreso completamente ilegal. Los viajeros extranjeros complementaron en las mentes americanas los resultados estimulantes de la obra cultural, ya de por sí errada, pues con su roce y trato les fué dable tener cabal conocimiento de las ideas liberales debatidas en Europa.⁵²

Un problema de capital interés, la introducción de libros extranjeros, especialmente los de contenido contrario a las ideas imperantes en España, es considerado de decisiva importancia para el desarrollo del clima revolucionario, por haber contribuido a difundir ideas liberales.

Para Torrente esos libros fueron vehículos principales de ilustración y liberalismo. Se pronuncia por su completa prohibición: “¡Ojalá se hubiesen llevado a efecto con todo rigor tan sabias disposiciones! Mucho tendría que agradecer la humanidad a los jefes españoles si no hubiesen mirado con descuido un punto de tanta importancia.”⁵³ Por tanto, Presas y Torrente estuvieron acordes en que España debió mantener culturalmente aislada a América.

Conceptos más moderados encontramos en Toreno. Opina que el traslado de establecimientos “políticos, civiles y literarios” al Nuevo Mundo representó el deseo de “pulir y mejorar las costumbres y el estado social de los pueblos indianos”.⁵⁴ Sano intento puesto en práctica desde la conquista, cuando “empezaron a propagarse las escuelas de primeras letras y los colegios, fundándose universidades...” Acepta que entre esos establecimientos los hubo “perjudiciales y ominosos” —referencia indirecta a la Inquisición—, pero producto de una época: “Culpa... de las opiniones entonces de España y de casi toda Europa.”⁵⁵ Reconoce que los métodos pedagógicos aplicados en las colonias no fueron satisfactorios, ni se llegó a suministrar el conocimiento de todas las ciencias; defectos justificados con el argumento de existir en España idéntico sistema educativo.⁵⁶ Juicio asimismo sostenido por Morayta al admitir los aspectos negativos de la cultura en América, derivados de la corriente “impuesta por las falsas ideas políticas, religiosas y económicas en España dominantes”.⁵⁷ Sin embargo, aquella situación no se mantuvo estacionaria. En España dióse principio al cambio; luego que los maestros españoles “empezaron a desterrar vergonzosos errores... modificar en cuanto podían rancios estatutos...”,⁵⁸ los beneficios de estas nuevas corrientes educativas fueron obtenidos, casi de inmediato, por las universidades americanas gracias a la preocupación renovadora de sus propios maestros. Juicio equivalente a una clara interpretación liberal de la enseñanza en América, rezago del inicial y democrático credo

político de Toreno, pues no olvidemos que, cuando esto escribe, pertenecía definitivamente al partido conservador.

Lafuente, por el contrario, se sitúa en posición opuesta. Al examinar el estado social, político y cultural de América bajo el régimen colonial, concluye por reconocer que éste era vejatorio, planteando imperiosa necesidad de “redimir y libertar las diferentes razas... del Nuevo Mundo”, obligación impostergable de España para “incorporarlas a la gran familia humana, y hacerlas participantes de los beneficios de la ilustración y de la cultura social”.⁵⁹

Característica distintiva en algunos de nuestros autores, sobre todo los que escriben a fines del siglo XIX, es el poco interés que dedican al examen de la vida intelectual americana durante el coloniaje. Fijan toda su atención en las causas políticas, económicas y sociales de la independencia. Si llega el caso de tener que mencionar algún aspecto cultural, lo hacen, pero vinculándolo estrechamente con dichas causas, y en forma tan superficial que aparece ocupando lugar secundario.

Morayta, por ejemplo, en forma incidental roza el punto cuando reconoce válidas las quejas americanas, como la opresión que España ejercía sobre ellos, inaccesibilidad a los cargos públicos de importancia, obstáculos para ejercer el comercio, “y en la prohibición de introducir en América libros extranjeros, [en] lo cual concurría el hecho manifiesto de poner barreras a su ilustración”.⁶⁰ Frase que encierra una vaga crítica a los sistemas culturales del imperio.

Es de notar la insistencia con que alude a los “libros extranjeros”; en ello nos parece ver algo de la razón por la que algunos autores omiten entrar en consideraciones mayores sobre problemas culturales, dando por evidente que el americano había alcanzado un nivel intelectual nada despreciable, pues esa avidez por “libros extranjeros” supone una preparación cultural previa, capaz de asimilar su contenido con provecho. El tema exige a quienes lo abordan fijar posiciones más o menos definidas: ya hemos visto la ultraconservadora de Torrente y la más liberal, aunque diluída, de Morayta. Ahora, otro autor que incide en el palpitante asunto es Coroleu, pero restándole importancia, lo que viene a constituir el término medio de la cuestión. Llanamente admite la imposibilidad de tener las posesiones españolas al margen del progre-

so ideológico europeo, no por causa de una constante introducción de libros, material susceptible de confiscación, sino por algo imposible de vigilar: la propaganda verbal del americano al retorno de sus viajes por Europa, peligro anticipado por Presas: "Las autoridades podían ejercer una vigilancia severa en las Aduanas para impedir la entrada de libros peligrosos, pero no era dable poner un candado en la boca de los criollos que al regresar de Europa contaban las impresiones de viaje." ⁶¹

La supervivencia de los elementos culturales que España trajo al Nuevo Mundo fué punto sensible para el peninsular. Parte de la propaganda revolucionaria se dirigió a negar o tratar de borrar todo aquello que, con su presencia, recordase el período colonial. Para combatir esa corriente salen los autores españoles al paso, argumentando que la obra civilizadora española había dejado huellas indestructibles, pese a todos los esfuerzos por negarla.

Flórez Estrada, cuyo criterio económico le hace ver en España y América las partes de un conjunto orgánico que se complementan bajo el imperio de necesidades económicas recíprocas, habla de los lazos de unión entre sus individuos, "formando un mismo pueblo; unidos unos y otros por todos los vínculos naturales... la sangre, el comercio, el idioma, la religión, la amistad, los usos, y finalmente cuantos puede haber..." ⁶²

Torrente, más concreto, expresa: "la religión, la lengua, los nombres de las familias, los establecimientos científicos... todo indica que es de procedencia de España". ⁶³

Morayta, por su parte, corrobora: "Ellos [los americanos] sí llevaron y llevarán perpetuamente impreso el sello de la nación a que se lo deben todo, hablarán castellano, serán católicos, observarán los usos y costumbres de su antigua metrópoli; no podrán por muchos que sean sus esfuerzos para evitarlo, dejar de ser españoles." ⁶⁴

Los autores extranjeros que se dedicaron a denigrar la obra civilizadora española son acusados por Toreno de haber exagerado los excesos de la conquista, que no niega; pero "no sobrepujaron a los que hemos visto consumarse... por los soldados de naciones que se precian de muy cultas". ⁶⁵

Lafuente tiene opinión parecida; los razonamientos de aquellos autores se hicieron con intención deliberada de desprestigiar, sin el debido cotejo "entre el sistema y el proceder de España y el de otros pueblos conquistadores y colonizadores".⁶⁶

II

LA INDEPENDENCIA AMERICANA: INGRATITUD O ACTITUD JUSTIFICADA

Punto neurálgico, para gran parte de los españoles que escriben sobre los progresos separatistas de América y su final consolidación, es cómo han de considerar el resultado obtenido por el bando vencedor. Las opiniones vertidas en torno al tema demuestran que les fué visiblemente enojoso el tener que abordarlo. Pero la manera de plantear y desarrollar sus críticas les conducía a él inevitablemente.

Sea el conservador irreductible, que sólo entiende los términos "vasallos" y "colonias" como más apropiados para nombrar a hombres y territorios americanos; sea el conservador moderado que admite concesiones y emplea vocablos más conciliadores, "hermanos", "naciones", etc., o el que pasa sus ideas por un tamiz liberal, todos están acordes en expresar acritud, vehemente o atemperada, cuando se ven avocados al problema de juzgar moralmente la actitud americana. Concluyen, directa o indirectamente, por calificarla de "ingratitude".

Dos argumentos sirven de base a sus acusaciones. El primero y principal, es haber roto América sus vínculos con la metrópoli en tan difícil circunstancia como era la invasión francesa; decisión que les resulta aún más injustificada por haber desoído los llamados a conciliación y orden hechos por la Junta Central, Regencia y Cortes, de cuyas sanas intenciones para resolver sus quejas no podían dudar. En este sentido, América había perdido todo derecho a ser perdonada.

El otro argumento es de índole cultural. Prácticamente demanda de los americanos un examen de conciencia que pudiese explicar a los españoles el porqué de no haber tomado en cuenta, antes de emanciparse, los innegables beneficios que habían recibido de España. Está diri-

gido a las clases ilustradas, directoras del movimiento independiente a pesar de poseer sangre y cultura ibéricas.

FLÓREZ ESTRADA, cuyo criterio desaprensivo frente a los hechos ha sido esbozado en páginas anteriores, supedita los conatos de insurrección caraqueños y ríoplatenses a la situación de España en plena lucha por su liberación, para demostrar que se obró con deslealtad al repudiar compromisos solemnemente contraídos.

Puntal de su argumentación es la espontánea ayuda ofrecida por América a España cuando tuvo conocimiento de que ésta había resuelto hacer frente al invasor galo. Recalca que: "Ni un sólo pueblo del Nuevo Mundo deja de celebrar tan generosa resolución." ⁶⁷

Pero, entonces, viene el inexplicable quebrantamiento de tan sagrados deberes. Casi al propio tiempo de renovar el convenio, los americanos se sublevan, poniéndose en situación de flagrantes violadores. Al llegar a este punto, Flórez Estrada tiene por fuerza que calificar en alguna forma la insurrección; lo hace, pero sin apartarse del terreno jurídico por donde lleva sus razonamientos. Enemigo declarado del despotismo y amante de la libertad irrestricta, no cae en el lugar común de poner a los americanos en condición de vasallos desleales. Por el contrario, el hecho de haber sido "parte contratante" de un pacto que, si bien moral, para el autor parece tener plena validez en el campo del derecho internacional, le otorga a América categoría de nación soberana, y como tal queda emplazada: "Cuando una potencia sin causa anterior falta a otra, que se halla apurada, en un Tratado de Socorros, *comete una infamia de la mayor importancia*, y deja manchados por mucho tiempo su pundonor y su reputación... Los americanos al levantarse... prescindiendo de toda obligación que la que resultaba de este expreso contrato, faltaron del *modo más feo a una doble alianza* formada por los vínculos más sagrados... se pusieron en la imposibilidad de dar cumplimiento a tan solemne oferta..." ⁶⁹

En otro aspecto, el pacto aludido tenía derivaciones de distinta índole. Flórez Estrada estima que su renovación marcó una nueva etapa en las relaciones hispanoamericanas. Al entrar en vigencia se cerró para siempre el pasado de opresión y despotismo, cuyos efectos no podían ser imputados al nuevo gobierno español. Se había abierto una

nueva era de acercamiento y comprensión entre ambos pueblos. En estas condiciones, los americanos no podían justificar su levantamiento, aduciendo que lo hacían para reparar abusos anteriores: “Una vez renovado libremente, la opresión y vejaciones que... habían sufrido hasta entonces no podían en adelante alegarse como un justo motivo para disolverlo... [era] barrenar el contrato que tan solemnemente acababan de hacer, por faltas, que no habían cometido las Partes contratantes. Suponer esto un motivo justo para anularlo, sería suponer que ningún contrato puede ser jamás válido.”⁷⁰ Tales son las principales características del pacto moral que Flórez Estrada, al fin hombre de leyes, establece como regulador de las relaciones hispanoamericanas en el campo del derecho. De acuerdo con la política europea de su tiempo, normada por alianzas, tratados y pactos, le era indispensable crear el instrumento necesario para poder sustentar sobre bases legales su enjuiciamiento del naciente separatismo americano. Admirador de las instituciones políticas inglesas, no es arriesgado suponer que durante el exilio vivido en Gran Bretaña, su espíritu liberal fué influído por el ambiente sajón, del cual no se libraron los muchos americanos que, como él, buscaron refugio en la brumosa isla europea. De pactos habló asimismo, pero en sentido contrario, el mexicano fray Servando Teresa de Mier.

Al entrar en consideraciones morales Flórez Estrada muestra, como peninsular, el flanco vulnerable de su sensibilidad. España, luchando contra un enemigo poderoso, requería el apoyo sin reservas de todos sus hijos, y en ese sentido habíanse pronunciado españoles y americanos. Pero los segundos inesperadamente olvidaron sus promesas y consideraron llegado el momento de separarse de la Madre Patria, sumida en la “mayor aflicción”; gesto digno de censurarse por equivaler a una “conducta poco generosa, y al mismo tiempo de tan forzosas y feas consecuencias”.⁷¹

Los americanos para adoptar semejante resolución se apoyaron en un hecho “notoriamente falso”, cual era suponer que España, dominada por Napoleón, había sido presa de tremenda anarquía al derrumbarse el poder real. Precipitado paso que “descubre su mala fe” y a la vez prueba inequívoca de la “mala causa que abrazaron”.

Hubo un momento en que ese gesto de rebelión, con todo lo reprochable que tenía, pudo haber merecido generoso perdón de España; América estuvo en condiciones de hacerlo sin echar la más leve mancha sobre su dignidad si, al desaparecer los últimos vestigios del despotismo con la abdicación de Bayona, hubiese procedido a proclamar su estado de libre soberanía; por aquel entonces para la opinión general española: “Nada tenía de extraño que... sin monarca ni otra autoridad reconocida en toda la nación, los americanos hubiesen tratado de hacerse independientes”,⁷² y en lo particular: “Todo español juicioso hubiera... deseado que... hubiesen sabido apreciar su dignidad de hombres libres, sacudiendo el yugo de unos reyes tan disipados.”⁷³

La doblez de los insurrectos quedó evidenciada cuando hicieron eco a la decisión de resistir para “recobrar su libertad y la de América”. Hasta aquí sólo podía distinguirse que entre los pueblos iberoamericanos existía profunda solidaridad espiritual y material “es la vez primera que el interés general reúne las opiniones y los sentimientos de hombres más divididos... por las injusticias que sufrían, que por la distancia de los lugares en que residían”. Esa identificación de anhelos comunes queda reforzada con la nueva política adoptada por España hacia sus dominios: establece en ellas una autoridad soberana, reconocida incondicionalmente; declara igualdad de derechos para los americanos; les concede facultad de enviar representantes a Cortes para que colaboren en la redacción de una Constitución “que asegure los derechos despreciados de aquellos pueblos”. Éstas y otras medidas eran indicio seguro de que la metrópoli estaba dispuesta a otorgar mayores concesiones, “la conveniencia y la justicia dictaban entonces que los americanos y españoles se estrechasen más que nunca, pues era la vez primera que trabajaban de acuerdo para conseguir lo que a todos convenía”.⁷⁴

El panorama que presentaba América era demasiado bonancible para que España desconfiase del porvenir; ganada por el optimismo, no tomó en cuenta que los pueblos eran veleidosos por naturaleza, y lo que hoy prometían mañana lo olvidaban, pues “en esta misma época por una de aquellas inconsecuencias, que tan comunes son a las naciones, es cuando las Américas forman su levantamiento y tratan de separarse de la metrópoli”.⁷⁵

Lo inoportuno del momento no podía acreditar “una conducta tan poco generosa y tan injusta... y que sólo podía ser hija de la intriga y de la mala fe”.⁷⁶ Corrido el velo que ocultaba las verdaderas intenciones de los americanos éstos ya no tenían manera alguna de justificarse. Y si aun España, extremando su benignidad, llegase a declarar que la justicia estaba al lado de ellos, “separarse en semejantes circunstancias ¡no sería igual a la de aquel que al ver naufragar a su enemigo en vez de darle el auxilio que le reclama, recordando sólo resentimientos y venganzas, le clavase el puñal!” La serenidad que ha venido observando López Estrada se subleva al llegar a este punto. Surge el español profundamente herido que enrostra a los americanos por la negación que están haciendo de su herencia cultural: “Y sería posible que conducta tan baja y abominable sea practicada por individuos que se glorian de traer su origen de aquel infeliz naufragio; que por ingratos que sean no pueden dejar de reconocer que le deben cuanto disfrutaban, y por último que profesan su misma religión...”⁷⁷

Los conceptos de PRESAS dimanaban de su incommovible idea acerca de la que para él fué extremada política de protección hacia los americanos. Después de presentar numerosos ejemplos para probar que los criollos tuvieron liberal acceso a los cargos públicos, tanto en la real hacienda, tribunales de justicia, mando de fuerzas militares, ministerios en la metrópoli, curatos en América, etc., se pregunta: “¿Qué otra metrópoli trató así jamás a sus colonias? ¿y cuál ha sido el resultado de tanta generosidad y beneficencia?” Lamentando una vez más que España hubiese otorgado demasiada instrucción y apoyo a los criollos, al extremo de “ponerles en situación de enterarse de los secretos más recónditos del gobierno de Madrid”, para que “considerándose ya superiores en luces” no “vacilasen en sublevarse para gobernarse por sí mismos”,⁷⁸ condena la independencia como una rebelión contra los mismos que “la habían [a la América] elevado al grado de cultura, civilización y opulencia...”⁷⁹

En TORRENTE predomina la idea clasista. Citando a un viajero norteamericano, Mr. H. M. Backenridge, que pasó por América del Sur en 1817 y 1818, encuentra muy justa la extrañeza que le causó ver a los insurgentes criollos tratando de identificarse con los indios y “sepa-

rarse de la cuna de su existencia".⁸⁰ Le asombra que la propaganda separatista se empeñase en persuadir al pueblo americano que "nada de común tenía con los españoles". Censura agriamente la actividad de los revolucionarios, como clase, deudores a la "paternal solicitud del monarca español" por haberles proporcionado "universidades y maestros", beneficios retribuidos con "negra ingratitud", aplicando torcidamente las "luces y conocimientos que se les había comunicado para afianzar la justicia, dirigir al pueblo por el camino de la obediencia y subordinación..."⁸¹

Mayor se hace la ingratitud americana cuando afirma que España "vió desplomarse sus dominios continentales y decaer su industria por llevar a la ingrata América la antorcha del Evangelio, la ilustración, las artes... las leyes, el gobierno, el orden y la felicidad".⁸²

Como se puede observar, las apreciaciones de Presas y Torrente provienen de una sobreestimación del régimen colonial, que elude el más ligero análisis de sus verdaderos efectos y no repara en las causas del descontento. En los demás autores, que a continuación veremos, la "ingratitud" surge en la favorable coyuntura ofrecida por la invasión francesa y la sumisa actitud de los monarcas españoles ante Napoleón, ocasión no desperdiciada por los americanos para consumir su independencia.

TORRENO se pregunta: "¿Escogieron los americanos... la ocasión más digna y honrosa?"; midiendo tal actitud por una escala de valores morales, responde concretamente: no; pues abandonaron a la metrópoli en su "mayor aflicción", sin tomar en consideración la disposición completamente favorable, que había mostrado para resolver sus demandas. Buena voluntad reflejada en la concesión de derechos, reconocimiento de los dominios como parte integrante de la monarquía y convocación de sus diputados a Cortes. Sin embargo, los americanos reacios a toda conciliación "cortaban el lazo de unión, abatida la península". Con moderación estima que comportamiento de esa naturaleza sería tachado de "ingrato y aun de villano" entre individuos. Pero las naciones tomaban otro camino y los disidentes entendieron que podían alcanzar, con mayores posibilidades de éxito, lo que resultaría "dudoso y aventurado libre la península y repuesto en el solio el cautivo Fernando".⁸³

A LAFUENTE, no obstante su definido credo liberal, la ingratitud de América le conmueve con más fuerza. Sus conceptos giran alrededor de la generosidad con que España retribuyó la espontánea ayuda americana en las etapas iniciales del ataque francés: “Jamás una nación premió más larga y anchurosamente la adhesión que sus antiguas colonias mostraron en el principio a la metrópoli...”⁸⁴

La ayuda americana de inmediato fué correspondida por la Junta Central con concesión de derechos políticos, acción “liberal y dadivosa”. Conducta asimismo adoptada por las Cortes, aun cuando ya los americanos se habían convertido de leales en rebeldes, y en retribución: “Las colonias correspondieron del mismo modo al precio de la Central que al atractivo de las Cortes”.⁸⁵ Supone que no por haber satisfecho del todo las necesidades americanas, aquellas primeras concesiones pudieron haber estimulado el descontento, pero insiste en que “sobre todo y principalmente estuvo [la independencia] en la ingratitud y mala correspondencia de los habitantes de aquellos dominios ya hartamente favorecidos... en los últimos reinados, ahora en todo igualados con los de la madre patria, con una espontaneidad que asombró al mundo como nunca usada por naciones que tuvieran colonias”;⁸⁶ por esto “Jamás.. habrá sido correspondida con más ingratitud la excesiva generosidad de una nación.”⁸⁷

Refiriéndose concretamente al angustioso momento de la invasión francesa, aprovechado por América para separarse en la “ocasión más aflictiva, apurada y crítica”, no obstante haber declarado hombres libres a sus habitantes, Lafuente insiste en que ello fué una “ingratitud injustificable”.⁸⁸

MORAYTA ve el problema de la ingratitud desde un ángulo diferente. Encuentra que los habitantes de España y América venían sopor-tando casi en igualdad de condiciones, abusos y defectos administrativos instituidos por el absolutismo de las casas reinantes: “Todas estas quejas [americanas]... eran poco más o menos las mismas que podían formular todos los españoles... Precisamente porque en más o menos medida la península padecía los mismos males que las Américas”; y en tal virtud, bajo el imperio de leyes similares, los españoles estaban en idéntico plano para pedir justicia, protección y libertad, con derecho tan

justo como el de sus “hermanos” americanos, de donde deduce que “su sublevación contra [la] Madre Patria, aparecerá siempre una ingratitude”.⁸⁹

La actitud americana debió ser más comprensiva cuando la Regencia convocó a los diputados americanos, medida que “llamaba a los españoles de América a su deber de regenerarse por sí mismos”,⁹⁰ y no se les pudo escapar el alcance de estas frases: “os veis elevados a la dignidad de hombres libres... vuestros destinos ya no dependen de los ministros, ni de los virreyes... están en vuestras manos”. Sin embargo, Morayta termina por reconocer que ese “llamado al progreso” resultaba tardío; mucho antes, los graves defectos que acompañaron a la obra civilizadora de España, impuestos por “falsas ideas religiosas, políticas y económicas”, hizo de los americanos “súbditos menos agradecidos y menos españoles de lo que convenía al caso”.⁹¹

JUSTIFICACIÓN DE LA INGRATITUD

El sentimiento de agravio, por el que Flórez Estrada, Presas, Torrente, Toreno, Lafuente y Morayta convinieron en calificar la independencia de “ingratitude”, sufre cambio apreciable en escritores alejados de los sucesos por el tiempo, y de filiación liberal. Para ellos América ha dejado de ser el problema que pedía explicación con respecto a si su independencia fué justa o arbitraria. Ahora es una nueva unidad social, política y geográfica, claramente definida; libre y soberana. En la historia de España quedaba sólo como un capítulo más, con grandezas y miserias. Para entender lo americano había que usar de perspectiva histórica diferente. Era preciso renunciar a seguir tratando al Nuevo Mundo con aspereza por haberse separado en mala hora del tutelaje ibérico. De por medio estaba una imperiosa necesidad: revisar los cargos que se lanzaron a raíz de la independencia. Antes de proceder a echar la entera culpa en el haber americano, España debía reflexionar sobre las causas con que contribuyó a perder su hegemonía en el Nuevo Mundo.

Consecuencia de estos novísimos puntos de vista, es la tendencia a hacer desaparecer la acumulación de pruebas favorables al régimen colonial, para dar preferencia al examen de los errores cometidos por los monarcas españoles, del que salen con mayor responsabilidad aquellos gobiernos que rigieron los destinos de España en la azarosa época del peligro napoleónico hasta el absolutismo de Fernando VII.

De primera intención ese cambio en el sentir español, antes herido por la independencia de América, puede interpretarse como lógica evolución influída por el liberalismo y el natural decurso de los años. Mucho hay de esto; pero, en el fondo, expresa los objetivos de un anti-españolismo. Flamante y paradójica actitud peninsular, nacida a fines del siglo pasado, al mismo tiempo que el furibundo antiespañolismo americano empezaba a retroceder de sus absurdos extremos para encauzarse por caminos más serenos. En términos generales: el antiespañolismo (español) hace suyos los argumentos que esgrimió el antiespañolismo americano para desnaturalizar la obra civilizadora de España en el continente colombino. Tanto en el pasado colonial como en el presente republicano, América tiene toda la razón. Es un intento de acercarse a ella aceptando la entera culpabilidad española por lo sucedido.

PÍ Y MARGALL tipifica esa tendencia revisionista. Entiende el principio de soberanía nacional, consagrado por las Cortes gaditanas, sólo como una mera fórmula política circunscrita exclusivamente a las fronteras continentales de España en Europa. Si la presión de las circunstancias hizo necesaria esa reafirmación de su intangibilidad, “porque sin eso España hubiera dejado de ser”, no hubo razón para que América, declarada parte integrante de la monarquía, quedase al margen de su usufructo. Contradicción que hace preguntar al autor: “¿por qué la parte de nuestra Patria allende el mar había de tenerse por de peor condición? ¿por qué la soberanía de la Nación había de terminar en las costas de la península?”⁹²

De lo cual resultó que el gobierno español infirió a los americanos un agravio más, que iba a sumarse a los muchos “recibidos de nosotros”; quienes así obraron carecieron de tacto político. No repararon en la delicada situación peninsular que requería un “decidido estrechamiento de los lazos de unión y fraternidad con los ultramarinos”. La necesi-

dad era tan apremiante que el propio egoísmo español aconsejaba ese camino, "necesitábamos de ellos más que ellos de nosotros".⁹³

España pudo reclamar de los americanos mejores "sentimientos de hidalguía" si se hubiese conducido con mayor equidad. Negación imprudente al proclamado principio de soberanía resultó ser el mantenimiento de la autoridad de virreyes y gobernadores en las colonias cuando la metrópoli se halló en completa acefalía administrativa: "Sin rey España, sin rey estaba América. Si la fuente de todo poder era la persona del monarca la situación de americanos y peninsulares era idéntica."⁹⁴

COROLEU rebate la generalizada afirmación de que los americanos aprovecharon la invasión francesa para emanciparse, reacción que califica de "españolismo exagerado", remitiéndose en cambio al pasado para encontrar el germen de la independencia: "No hay que buscar los orígenes de la revolución americana... en hechos tan recientes como nuestra guerra de la independencia..."⁹⁵ Éstos podían ser admitidos únicamente como causas "próximas o determinantes de las insurrecciones". Las que en realidad generaron el movimiento tuvieron génesis muy remota. Desde muy atrás estaba latente en el espíritu americano un hondo descontento "sin el cual no hubiera triunfado la revolución ni habría habido quien se atreviese a intentarla".⁹⁶

Para probar la rectitud de su proceder, los americanos estaban en condiciones de oponer razones difíciles de desvirtuar. La conducta entreguista de Carlos VI y Fernando VII en Bayona les hizo ver, y del mismo modo a los españoles contrarios al régimen, que nada podían esperar de aquella dinastía, "los vergonzosos episodios de Aranjuez, de Bayona y de Valencey eran un agüero alarmante de lo que había de acontecer en el próximo reinado",⁹⁷ temores harto confirmados por el absolutismo de Fernando. De donde resultaba que "acriminar a los americanos su separación en tan calamitoso momento era como vituperar la previsión del que abandona un edificio al sentir las primeras trepidaciones de un terremoto".⁹⁸ Admitiendo que en el proceder americano hubo mucho de egoísmo, Coroleu pone en duda la sinceridad de la metrópoli, es decir, si se hallaba dispuesta por aquel entonces a "considerar como hijos y ciudadanos a los individuos de nuestra raza nacidos

en el Nuevo Mundo". Califica de "delirio" las pretensiones de obtener fidelidad en colonias que todavía seguían siendo tratadas como "país conquistado".⁹⁹

Pasando a analizar la política observada por los gobiernos provisionales que se sucedieron después de la abdicación de Bayona, Coroleu aprecia en la deliberada postergación para convocar las Cortes, mantenida por la Junta Central, una causa más para que los americanos desterrasen las pocas dudas que tenían sobre el leal proceder de España: "esto que en la península fué motivo de disgusto y descontento desalentó a los reformistas moderados de América e hizo buenos los pronósticos del partido separatista".¹⁰⁰ Hasta el último instante aquéllos confiaron en un cambio "favorable a sus legítimas aspiraciones", de acuerdo con las reformas que la metrópoli se aplicó a sí misma al sublevarse contra Napoleón.

Mientras España se organizaba "proclamando los principios del derecho moderno", en las colonias se impedía la formación de juntas populares provisionales, lo cual no era sino una continuación de la "política suspicaz de los reyes absolutos". El descontento, que iba separando más y más a peninsulares y americanos, fué agravado con la reducida representación acordada a los dominios en la asamblea encargada de redactar el documento constitucional: "Después de esto no podíamos extrañar los españoles su desvío por la madre patria. Los criollos contestaban a tal acusación que España les trataba con la dureza de una madrastra".¹⁰¹

El gobierno de la Regencia insistió en iguales errores: mandó disolver las juntas formadas en América; y pese a haber jurado cumplir lo prometido por su antecesora en cuanto a reunir las Cortes, mantuvo la misma política dilatoria. Desengañadas por completo, las colonias juzgaron no quedarles otro recurso que "prescindir por completo de ella [España] y proveer por sí mismas a sus peculiares necesidades".¹⁰²

Se identifica con las ideas de Pí y Margall sobre la acefalía política y administrativa que produjo la abdicación de los reyes; cuestión legal de trascendencia que ampara a los americanos en su proclamación de independencia. Jurídicamente la abdicación afectó a España y América. Desaparecido el poder supremo, las autoridades que lo representa-

ban quedaron destituidas de hecho, y en tal situación se encontraban virreyes, capitanes generales, audiencias, etc., que cometieron una "verdadera usurpación" al tratar de seguir gobernando en nombre de un poder extinguido sin el "consentimiento expreso de sus gobernados". El historiador considera inobjetable la solución dada por los americanos al problema legal planteado: no podían apelar al rey legítimo porque había cedido a Napoleón, ni al intruso porque no lo habían reconocido. En vista de situación tan anormal, no era censurable que hubiesen concluido por sentirse "desligados de todo compromiso respecto de nosotros". Desaparecido el único vínculo que los unía a la Corona, la "soberanía personal del monarca", quedaban en libertad de proceder a su libre albedrío.¹⁰³

Si los actos de la monarquía borbónica en España daban pruebas suficientes de su ineptitud, en América llegó al colmo su desprestigio. La impolítica actitud de uno de sus miembros, la infanta Carlota Joaquina, al pedir que las posesiones orientales de España en América reconociesen sus derechos de sucesión, alegando el peligro que corrían las provincias del río de la Plata si Bonaparte pedía a Fernando VII que se las cediese, fué para los americanos palpable confirmación de la completa desmoralización borbónica. Y a la vez, el hecho mismo de consultarles esa petición para que la resolviesen, significó el reconocimiento de sus derechos a elegir gobierno propio; entonces "¿era de extrañar... que... se creyeran autorizados para resolver la cuestión por sí mismos, tal como les aconsejaba sus propios intereses, y en la disyuntiva optaran por gobernarse a sí propios, puesto que se consideraban en el deber y en condiciones de hacerlo?"¹⁰⁴

En última instancia, la intransigencia de la Junta Central y la Regencia contribuyó en no menor grado a perder las colonias. Los movimientos iniciales debieron ser atendidos con ecuanimidad, "una transición justa y digna hubiera podido salvarlas", porque "gobernar es transigir"; pero aquellos gobiernos no se pusieron a la altura de las circunstancias, ni vieron las cosas con el realismo necesario que pedía una España invadida. "Los amigos de España no podrán alegar en defensa de ella ni un sólo acto de esos gobiernos provisionales."¹⁰⁵

La mejor solución estribaba en una más estrecha unión de españoles y americanos, en la cual lealtad y generosidad recíprocas estaban por encima de todo, "sin preocupaciones exclusivistas" de los primeros y "sin miras separatistas" de los segundos.¹⁰⁶

Coroleu se extraña de encontrar en su tiempo a personas que todavía lamentaban la emancipación, por no haber sacrificado los criollos "sus vidas y haciendas olvidando los agravios que les había divorciado de la metrópoli".¹⁰⁷

III

EL ESPÍRITU REVOLUCIONARIO AMERICANO. CAUSAS QUE LO ESTIMULARON Y SU DESARROLLO

El criterio español ofrece profundas discrepancias en la manera de interpretar el origen y evolución del espíritu revolucionario americano.

Por un lado hay quienes no titubean en señalar a España como promotora inconsciente del levantamiento. Aunque se hace amplio reconocimiento de los abusos practicados desde tiempos atrás en el imperio, la monarquía borbónica resulta principal culpable del desastre. El despotismo de sus reyes, saturado de inmoralidad administrativa, se proyectó con todos sus estigmas en América. Las autoridades coloniales, estimuladas con el ejemplo metropolitano, asumieron una actitud indolente que permitió la incubación del descontento. Esta política irresponsable alcanza máximo apogeo con Carlos IV y, sin enmendar errores, se extiende hasta los días finales del imperio. Las arbitrariedades del régimen colonial habían creado un clima espiritual contrario a España, pero estaba lejos de adoptar posturas violentas hasta que se hizo insoportable el aludido despotismo borbónico. Por tanto, la metrópoli con su ineptitud política alentó la materialización de aquel impreciso resentimiento que, de hecho, existía en América, embrión del movimiento separatista.

Otros procuraban desconocer la existencia de un manifiesto anhelo separatista en las mayorías, digamos masas, americanas. Supónese que permanecieron indiferentes al escuchar las insinuaciones de unos pocos

agitadores demagogos, empeñados en envenenar con falsas doctrinas la naturaleza ingenua del indígena para utilizarlo como simple instrumento de sus extraviados propósitos. Aquellos falsos redentores, exaltados por la impasibilidad nativa, no vacilaron en decorar la propaganda revolucionaria con tentadoras ofertas de riqueza y poder, utilidades al alcance de todos mediante el sencillo expediente de despojar a los españoles. Sólo así pudieron obtener la interesada colaboración de contados enemigos del régimen español; pero, a la postre, el éxito que lograban era siempre efímero.

Una corriente contraria acepta la presencia indiscutible de un definido fermento revolucionario, dispuesto a sublevarse contra la dominación hispana a la menor provocación o estímulo. Le señala origen preciso: en la lejanía del tiempo, sin solución de continuidad desde la conquista a la independencia. El sentimiento de rebeldía fué patrimonio del elemento indígena que lo conservó celosamente; pero, careciendo de suficiente preparación cultural, no estuvo en condiciones de cristalizarlo en libertad. Las revueltas indígenas durante la colonia, huérfanas de dirección atinada, fracasaron una tras otra. Lo esencial es que el descontento sobrevivió a las derrotas y buscó con perseverancia el camino de la victoria. A él llegó cuando el proceso acumulativo de causas, externas e internas, encauzado ahora por los nuevos elementos sociales, hizo insostenible la permanencia de España en América.

Al lado de esas apreciaciones existen otras, que podemos llamar moderadas. Ni aceptan ni niegan que América fuese partidaria de su independencia. Entienden la revolución como una rápida y expresiva culminación de los complejos problemas suscitados por la situación europea, de los que España resultó víctima expiatoria, sin que por esto olviden que ella fué culpable en gran parte de lo acontecido. O también lo explican como fruto irrazonable del descontento causado por el injusto régimen colonial, cuya reforma había sido solicitada por los americanos en términos que no hacían presagiar su independencia.

FLÓREZ ESTRADA no se muestra muy propicio a discutir el tema. Su posición responde con exactitud al hecho de haber considerado el pasado como cuenta saldada, sobre la cual era superfluo verificar revisiones. Sólo le preocupa el presente y el porvenir. Reglado por este concepto,

entiende que los alzamientos de Caracas y Buenos Aires se hicieron en principio bajo “la apariencia de reformas”, demandadas para disminuir la opresión del despotismo, “tan inepto como arbitrario”; sus quejas, por las que “clamaba la justicia y el interés bien entendido del Estado”, debieron ser resueltas sin dilación. No fueron escuchadas porque al tiempo que ocurrían esos pronunciamientos gobernaba la Regencia, corporación que “en vez de precaver la guerra civil” decretó reducirlos por la fuerza; imprudente determinación, dictada por un deseo de “venganza impotente”, suficiente para lanzar a los sublevados por el camino de una “revolución sanguinaria, y de una independencia absoluta”.¹⁰⁸

El Estado español, no la nación, fué el mejor contribuyente al fomento de la revolución: “El gérmen de los males producidos por la estupidez y arbitrariedad de nuestros reyes, y por la iniquidad... la ineptitud de los empleados” crearon “odio implacable entre gobernantes y gobernados”, respirando intensamente en el ambiente americano. El camino para la rebelión quedó abierto y por él se lanzaron los pueblos del Nuevo Mundo.¹⁰⁹

PRESAS emite conceptos semejantes a los de Flórez Estrada, para recalcar que la Corona española resultó eficaz colaboradora del movimiento emancipador, de cuyos inseguros comienzos era imposible entrever las concretas tendencias separatistas externadas poco después. Ataca la orientación impresa por la monarquía ibérica a su política imperial, apreciando en ella una punible falta de vigor para gobernar los dominios ultramarinos, completada por la arraigada inmoralidad administrativa que socavó los pilares del imperio: “la poca previsión de la corte de Madrid, la venalidad y corrupción de sus mandatarios, antes y después de haber principiado aquella revolución, allanaron a los sublevados todos los obstáculos, y prepararon los materiales para el establecimiento de aquellos nuevos Estados”.¹¹⁰

Guardando cierta identidad con la separación que Flórez Estrada establece entre presente y pasado, pero sin llegar a la tajante división del economista, Presas pone como punto de partida para el derrumbe español el reinado del “capricho, de la confusión y del desorden”, rasgos distintivos del período de Carlos IV. Quien recibe el peso de sus invec-

tivas es Godoy, pues abusando de su privanza, “confió los más altos destinos de América a sus parientes, y a los que consideró dispuestos a ejecutar sus proyectados robos y notorias injusticias”. Con él llegó a extremarse la corrupción gubernamental “que preparó la perdición y ruina de España”, lacra reflejada en los dominios, donde “no podía menos de hacer sentir sus perniciosos efectos”. Hasta esa época los americanos no habían percibido los verdaderos efectos del despotismo; pero ya iniciados en sus rigores, aguardaron el momento oportuno para extirparlos.¹¹¹

TORRENTE aprecia que el mayor estímulo recibido por la revolución americana, y lo que él asegura ser origen de ella, radicó en los libros clandestinamente introducidos, “fomes principal del desarrollo revolucionario”, su lectura exaltó la “viva imaginación de los americanos... que creyeron poder adquirir... celebridad en el templo de la discordia”.¹¹²

El foco revolucionario estuvo limitado a “unas docenas de intrigantes y ambiciosos”, extrañándole que no se hubiesen estrellado ante la fidelidad de las masas al trono. De esta fidelidad no tiene la menor duda al afirmar: “las castas... no han conocido más opinión que la de estar sumisas al gobierno establecido”.¹¹³

Dentro de ese marco social, contrario a la asimilación de ideas separatistas, América era terreno poco apropiado para la acción disociadora de sus propagandistas, y en consecuencia el fracaso sería su única recompensa: “Los promovedores de sus desórdenes, los despechados que no tienen más partido que la muerte o una feroz democracia, los únicos e inexorables enemigos del trono español y del imperio de la razón pueden marcarse con el dedo...”¹¹⁴ Por otra parte, en los pueblos emancipados la mayoría se había llamado a engaño, convencida de lo ineficaz de su libertad; excluyendo los líderes del movimiento, “todo el resto de los americanos; aun aquellos que más decisión han mostrado por la independencia, y que han hecho los mayores sacrificios por conseguirla; aquellos mismos (y son los más) que dejándose seducir de vanas teorías... todos han llegado a convencerse... que su emancipación no puede consolidarse...”¹¹⁵, con lo cual Torrente da por indiscutible la quiebra definitiva del espíritu revolucionario.

Cuando los jefes arrastraban a las masas, obtenían apoyo sólo con las promesas de restaurar sus antiguos imperios o enriquecerlas a costa de los bienes arrebatados al bando vencido. En general, las halagüeñas perspectivas ofrecidas por los disidentes se concretaban a “opulencia, prosperidad y gloria”.¹¹⁶

La obstinación de los más irreductibles rebeldes americanos para seguir luchando, aunque se hallasen muchas veces al borde de la derrota, era producto de la desesperación; pues, limitado su campo de acción al continente americano, donde eran “batidos una y mil veces”, se lanzaban de nuevo al combate por más que “no pudiesen contar con... posibilidades de victoria”.¹¹⁷ Ostensiblemente irritado por la constancia americana, su españolismo le obligó a calificarla despectivamente como “hija de la necesidad y no de sus virtudes, en las que son muy inferiores [los americanos] a sus maestros los españoles”.¹¹⁸ En rigor, la causalidad de la independencia americana no existe para Torrente. América presentaba un cuadro de opinión uniforme: la mayoría de su población adicta por entero al rey y, en medio de ella, confundidos, los escasos descontentos que, deslumbrados por malsanas lecturas, supieron explotar hábilmente el momento psicológico producido por las dificultades de España en Europa. Firme en su convicción de que la emancipación se hizo sin contar con el apoyo del pueblo, concluye por declarar: “América se ha perdido contra la voluntad de la propia América”.¹¹⁹

LAFUENTE opina que en sus inicios los movimientos revolucionarios americanos disimularon el propósito de separarse de la metrópoli. El autor nos hace suponer que la ayuda prometida por América para combatir a Francia sirvió de biombo a los verdaderos designios del elemento subversivo, para permanecer a la expectativa aparentando esperar el final de los sucesos europeos, después de los cuales vería resueltas sus reclamaciones.¹²⁰ No pasan de allí las ideas del historiador.

TORENO, en cambio, aplaude la reacción de los pueblos americanos al correr en socorro de la invadida España, “a imitación de los de Europa levantaron un grito universal de indignación... Los habitantes... pronunciáronse con no menor unión y arrebatamiento que sus hermanos de Europa... nunca presentó la historia del mundo un compuesto de tantos millones de hombres... que se pronunciasen tan unánimemente

contra la iniquidad y violencia de un usurpador". Esto no es obstáculo para que ponga el rótulo de "ingratitude" a la emancipación.¹²¹

En el aspecto de los agentes externos que influyeron en la independencia, LAFUENTE alude especialmente a los efectos de la propaganda francesa, que "con objeto de introducir y fomentar el espíritu de insurrección", presentando una España vencida y sin posibilidades de sacudir el yugo napoleónico, contribuyó a exteriorizar sin ambages el deseo separatista. Los resultados fueron óptimos; hicieron nacer en América una seria desconfianza, manifestada por el cambio de la opinión "y junto con aquellas instigaciones resucitó en unos pocos y difundió en muchos la idea de la independencia".¹²²

Estímulos externos también fueron el ejemplo norteamericano y la fingida actitud de Inglaterra que, mientras en Europa ayudaba a España para derrotar a Napoleón, en América apoyaba a los separatistas.¹²³ Lafuente termina por admitir que el propósito de independencia resultaba ya imposible de contener ante la presión de "tantas causas, antiguas unas, recientes otras", que inevitablemente "habían contribuido a promover y agitar".¹²⁴

En TORENO aparece el mismo concepto sobre un cambio de opinión habido en América después de la primera explosión de entusiasmo favorable a España: "cambióse poco a poco la opinión y sintiéronse rebullir los deseos de independencia".¹²⁵

PÍ Y MARGALL observa la existencia de un deseo latente de emancipación en los pueblos americanos. Comprende la marcha de la opinión "hacia la independencia" como una de tantas grandes causas cuyo génesis no obedece a "fórmulas concretas", sino a una diversidad de características propias que "admiten y aun alientan ambiciones privadas que les son en el fondo contrarias". Las causas son netamente internas y de origen remoto. En las masas indígenas se encuentra bien definido el anhelo libertario; estuvieron siempre prontas a escuchar el grito de insurrección, fuese quien fuese el que lo lanzase, encarnase o no sus ideales de libertad. La manifestación violenta y primitiva de rebelión la hacen respondiendo instintivamente a su naturaleza atávica, sin detenerse a reflexionar sobre las consecuencias; porque, cuando así obraban, no tenían idea de cómo se gobernarían una vez expulsados los españoles, "es evi-

dente que no había muerto en ellos la conciencia de su personalidad. Obedecían al ciego impulso de ser libres como antes lo fueron bajo reyes propios. España, por su parte, ayudó inconscientemente a la supervivencia del instinto de libertad en las mentes indígenas, “no olvidaban, e hicimos lo posible porque no lo olvidasen, que constituían un pueblo dominado...”¹²⁶

Y en ese constante, pero postergado, anhelo de emancipación no pudieron influir mayormente agentes externos: “dada nuestra política los americanos, antes o después, se hubiesen emancipado”.¹²⁷ Como concreción de todos los ideales americanos estaba la idea de república, concepto político avanzado, en oposición a las “caducas formas porque políticamente se regían casi todas las naciones de la Vieja Europa”.¹²⁸

MORAYTA se explica la revolución americana, no como una reacción de “protesta contra la dominación española”, sino obedeciendo a las mismas causas que en España ocasionó la invasión francesa. Siguiendo el ejemplo de la península, América trató de proveer a sus necesidades gubernativas y políticas formando juntas populares. El paso inmediato, adoptado por los Estados americanos, sintiéndose dueños de sus destinos, tuvo por fuerza que ser el de “sacudir con los medios que estimaron más oportunos a la curación de los males que sufrían...”; solucionar sus problemas mediante la acción de un gobierno propio suponía estar actuando *de facto* en el terreno de la independencia.

Inicialmente los pueblos americanos obraron por separado para emanciparse. Pero el peligro de ser derrotados uno a continuación de otro por el poderío español, hizo nacer la necesidad de combinar planes y actuar de común acuerdo ante el enemigo de todos. El ejemplo lo había dado la propia metrópoli. La invasión francesa fué obstaculizada por la defensa coordinada que ofrecieron las provincias alzadas, interín sus juntas organizaban la centralización del gobierno. “El levantamiento de América, preciso es convenir en ello, no fué por regla general en sus comienzos, de carácter y consideración distinta al levantamiento de cada una de las distintas provincias de la Península española.”¹²⁹

Establecida la situación en el campo de la beligerancia, el espíritu revolucionario sólo requería de ligeros estímulos para evolucionar en forma incontenible hacia su completa emancipación. Los mismos españoles precipitaron los acontecimientos. La actitud hostil de las autoridades coloniales para con las juntas populares provocó el estado de franca rebelión: "Las Juntas para defenderse, comenzaron a revestir carácter revolucionario; cuyos actos se tradujeron en disposiciones encaminadas a dar satisfacción a las necesidades públicas".¹³⁰ Esa decidida disposición de organismos políticos, creados por decisión popular, atrajo inmediatamente el apoyo de las masas y, lógicamente, el completo vuelco de su opinión: "Los oprimidos, es decir, los indios y los mestizos, vieron en estas Juntas otros tantos defensores de sus intereses y así, por sus pasos contados, se organizó el odio de estas razas y se afirmó la enemiga a España."¹³¹

En 1814 retorna el absolutismo a España, y en América sus manifestaciones son "más repugnantes aún que en la península". La crisis final se presenta en 1820, por razón de que muchas autoridades españolas en América desconocieron la Constitución promulgada por las Cortes ese año. Su necio desafuero llegó al extremo de que "no sólo hicieron pública su repugnancia a obedecer los primeros decretos del gobierno, sino que... los estimaron letra muerta..."¹³²

El realismo exagerado e inconsciente de tales autoridades echó a perder "la política de olvido y de atracción" proclamada por el gobierno revolucionario español de 1820. Sus representantes en América resultaron "verdaderos insurgentes al desacatar las órdenes impartidas desde España". Dióse el caso singular de tener la metrópoli que "colocarse en cierto modo, al lado de sus mismos enemigos, para ver reducir a la obediencia a quienes estaban más obligados a obedecer".¹³³ ¿Qué podían los americanos deducir de semejante situación? ¿qué actitud debían asumir ante un poder dividido en dos bandos?; de un lado el gobierno constituido manifestando comprensión para con América; de otro, autoridades representativas desobedeciéndolo, "por eso la guerra continuó... y desde luego con mayor energía, por la desesperación consiguiente al considerar los americanos, que la redención que no les otorgaba el absolutismo no podían esperarla tampoco de la libertad".¹³⁴

La política liberal de 1820 tal vez hubiese surtido efecto de haberse aplicado veinte años atrás. Ahora resultaba impracticable; América tenía ya una experiencia de diez años de lucha por emanciparse. Nada impediría desviarla en esos momentos decisivos del camino que tenía trazado. El estado político de España no era edificante; alternadamente pasaba “del despotismo a la libertad, y luego otra vez al despotismo y después otra vez a la libertad..”¹³⁵

COROLEU difiere de Pí y Margall en cuanto a que en América existía un deseo permanente de independencia. “En rigor no puede decirse que hubiera entonces... una verdadera tradición revolucionaria en el sentido general y separatista...”¹³⁶ Los primeros movimientos americanos no revelaron la presencia de una idea emancipadora concreta, sino una reacción contra los abusos administrativos. No da importancia a las insurrecciones habidas durante el período colonial, llamándolas aonadas, alborotos y motines sin mayor trascendencia para el orden público, “provocados por la arbitrariedad de los gobernantes o por la exorbitancia de los impuestos... tenían carácter local y pasajero... síntomas reveladores del malestar causado por un vicioso sistema gubernativo...”¹³⁷

La revolución que se iba gestando a fines del siglo XVIII tenía “más hondas y extensas raíces y más altos ideales”, que el historiador no se explica; su meta era la independencia absoluta, una anticipación de la fórmula de Monroe: “América para los americanos.”¹³⁸

La excesiva vigilancia policiaca sobre los sectores políticos americanos considerados como subversivos, vigilancia muchas veces injustificada por el desmedido celo de las autoridades que “no soñaban sino en motines, traiciones, refriegas...”, no aportó más provecho que el de estrechar las filas del separatismo. “La revolución estaba hecha en los ánimos. La hora del estallido la habían de señalar las circunstancias”.¹³⁹

Con las rebeliones de Caracas y Buenos Aires, fomentadas al conocerse el caos dominante en España con ocasión de la caída de la Junta Central, su huída a la isla de León y sucesos posteriores, la suerte de América quedó sellada. Al mal giro que tomaban las cosas contribuyó “la ignorancia en que estaban nuestros improvisados gobernantes del estado moral de las colonias”.¹⁴⁰ Toda medida, por extrema que fue-

se, era adoptada en un irreflexivo intento de salvar lo que estaba perdido irremediablemente, y por eso “prueba hasta la evidencia que aquella no fué una sublevación fraguada por un puñado de descontentos, sino la explosión de un sentimiento predominante y por espacio de muchos años reprimido”.¹⁴¹

Una causa secundaria contribuyente al fomento de la acción revolucionaria consistió en desestimar la capacidad militar de los criollos para hacer frente al ejército realista. Los jefes españoles, “acostumbrados... a dominar fácilmente a sonadas que en la segunda mitad del siglo [XVIII] habían ocurrido en muchos países...”, nunca creyeron que los americanos llegasen a desarrollar un espíritu combativo capaz de disputarles la victoria; “pues acostumbrados [los americanos] por espacio de tres siglos a una obediencia pasiva”, sus cualidades guerreras no habían tenido oportunidad de ser probadas. El historiador conjetura que el primer bautismo de fuego para el criollo se realizó en Buenos Aires, cuando fué requerido su concurso para rechazar a los ingleses. El éxito obtenido en aquella ocasión circuló rápidamente por el continente y desde entonces “la situación fué muy otra, los criollos se ensoberbecieron... penetrados ya de la fuerza que estaba en sus manos, empezaron por imponer condiciones a las autoridades, para acabar por destituir las...”¹⁴²

Los americanos no estuvieron solos en el campo de batalla: recibieron “el apoyo personal que... prestaron muchos aventureros extranjeros...”; con su experiencia, adquirida en las guerras europeas, además del arrojo demostrado en los combates, sirvieron de ejemplo “a los bisoños defensores de la revolución”.¹⁴³

IV

EL CONTENIDO SOCIAL DE LA INDEPENDENCIA AMERICANA.

INFLUENCIA DE CLASES Y PARTIDOS.

Entramos a exponer un tema que, para los historiadores españoles, es materia de singular interés: los elementos componentes de la sociedad colonial al producirse la independencia.

Bajo este aspecto las colonias hispanoamericanas estaban preparadas desde muy atrás para ventilar sus problemas. La irrupción de España en el continente americano durante los siglos xv y xvi echó las bases del complejo social americano. La conquista enfrentó dos sociedades: española e indígena, muy distintas por su carácter y cultura. El predominio quedó en manos del europeo, y de inmediato inició el lento proceso de su mezcla. El peninsular fué el primero en contribuir a la nueva estratificación social. Los derechos de conquistador le otorgaron colocación privilegiada, sostenida por las leyes y la fuerza. Su descendencia nacida en América, con sangre enteramente española, ocupó el segundo lugar en importancia; este tipo representativo recibió el apelativo de "criollo" y su presencia suscitó graves problemas legales y jurídicos que más tarde habrían de gravitar decisivamente en la lucha emancipadora. El mestizo, mitad español y mitad indígena, siguió al criollo como clase, gozando en principio de iguales derechos civiles, pero puesto al margen de muchas actividades por prejuicios raciales; vegetó oscuramente esperando el momento de su reivindicación. Participó con actividad en la revolución junto al criollo como legítimo representante de las aspiraciones indígenas. Todos ellos: español criollo y mestizo, desplazaron al indio al último lugar. Reducirlo a semejante condición no se logró sin antes vencer la tenaz resistencia, activa y pasiva, que opuso. Pero, conforme el sistema de explotación colonial lo iba encadenando a la encomienda, al servicio personal, al obraje, la mita, etc., su belicoso ardor inicial fué retrayéndose para ser reemplazado por una apatía casi completa; rasgo anímico de que muchos se han valido para estigmatizarlo. Descontadas las pocas veces en que hicieron crisis sus reprimidas aspiraciones por liberarse del yugo, traducidas en violentos y fugaces levantamientos, permaneció apartado de la actividad y propaganda revolucionarias, a las que, por su estado de servidumbre, tuvo limitado o ningún acceso. Llegado el momento supremo de la independencia, contribuyó a la causa como masa e instrumento. Indistintamente ambos bandos lo utilizaron para sus fines.

Ultima y foránea aportación al conglomerado social americano fueron los individuos de raza negra, introducidos en el Nuevo Mundo a exigencia de imperiosas necesidades económicas. Esclavos de hecho y

de derecho, formaron grupo aparte, incluyendo sus derivaciones raciales; numeroso en algunas regiones, escaso en otras. Obligado por urgencias militares, el gobierno español de algunas colonias formó con ellos batallones de "pardos", o mulatos, que mostraron propensión a desertar. Los insurgentes también admitieron en sus filas a muchos individuos de esta raza. Constituyeron un elemento turbulento al lado de los partidos en pugna. Los escritores españoles se muestran desacordes al discutir la intervención del esclavo en la independencia americana, exaltándola o restándole importancia. Su condición de esclavo sobrevivió hasta muy avanzada la época republicana.

Investigando la posición de los escritores españoles, revisados y comprendidos en este trabajo, frente a asunto de tan vitales alcances, nos ha sorprendido comprobar que una buena parte de ellos prescinde ostensiblemente de ocuparse de él. Empeñados en discutir las causas políticas de los hechos, dedican a este aspecto preferente atención. Los elementos sociales no son considerados en su verdadera magnitud y sentido. Si alcanzan a tomarlos en cuenta, es para subrayar las diferencias entre criollos y peninsulares, emanadas de lo político, económico y cultural. Nos atrevemos a suponer que los motivos de esa aversión tienen un fondo nacionalista. El español, por lo general, parece entender la independencia de América sólo como guerra civil entre individuos de una misma raza. Bajo este criterio, distinguir clases o hacer resaltar sus antagonismos sociales, es penoso y supone un buen margen de riesgo conducente a violentas recriminaciones que la dignidad o el orgullo rechazan.

El otro grupo, por lo menos, intenta esbozar el tema, aunque no en la forma amplia deseable. Con sus ideas es difícil establecer corrientes de opinión bien determinadas; las tomamos como manifestaciones aisladas.

Con propósito de completar el sentido del presente capítulo, hemos incluido un rubro sobre los partidos; nos adelantamos a advertir que las referencias halladas no justifican un tratamiento aparte del asunto. Unas veces los autores califican las clases como partidos y viceversa, y, en consecuencia, preferimos ocuparnos ahora de ese aspecto.

• En FLÓREZ ESTRADA es difícil encontrar apreciaciones definidas sobre la composición social de América, y menos acerca de la intervención que cupo a cada clase en la lucha emancipadora. Ceñido por entero a su plan de demostrar las desventajas resultantes de una independencia precipitada, se ha visto la poca atención que le merece el estudio de causas internas, y por esto no es de extrañar su desafección por lo social, tomado en sentido de factor decisivo para la contienda. Su posición puede compararse con la de un espectador colocado en lo alto de una eminencia, desde donde la dilatada vista panorámica que contempla no le permite distinguir los detalles de lo que sucede en el llano; además, voluntariamente desplaza el campo visual, fijando gran parte de su vigilancia más allá, en el horizonte, para prevenir peligros futuros.

Se acerca al tema social por caminos estadísticos. La elocuencia de los números determina mayorías y minorías de población; científicismo riguroso que obliga a colocar en orden de importancia: indios, negros, criollos y europeos, especificando: "Las Américas, cuya población se regula en quince millones... tiene ocho millones de indios, cuatro de negros, y el resto de criollos y europeos." ¹⁴⁴

Establecida la proporción, su orden lógico se invierte por la presencia del factor cultural: "los indios y negros se hallan en un estado tal de incivilización... Sin educación, sin cultivo alguno de sus facultades intelectuales, y, lo que es más, sin costumbres..." ¹⁴⁵

El interés de Flórez Estrada en los agregados sociales americanos se desprende de un hecho concreto: la concesión del derecho de representación acordado a sus habitantes por la Junta Central. Ésta es razón suficiente para que conecte dos elementos: población y cultura, marcando sus diferencias con respecto al segundo, para probar que aquélla fué justa cuando otorgó una representación cualitativa y no cuantitativa, que prefería al criollo y europeo mejor preparados para ejercerla. Defensor del derecho de representación sancionado por la Junta Central, único acierto político que le concede, encuentra perfecta la estratificación social americana, regulada por desigual goce de cultura que pone en inferioridad de condiciones a indios y negros.

Tomando en cuenta que los indios, "hombres libres... verdaderos y únicos naturales", eran mayoría absoluta de población, cubrían con ese solo hecho el requisito indispensable para tener "derechos de ciudadanos"; pero su educación, casi nula, les impedía ser considerados "como clases de una sociedad civilizada".¹⁴⁶

El problema de los negros encerraba mayores complicaciones legales. Por ser elemento humano extraño al medio americano, y "casi todos esclavos, o hijos de esclavos", reciben tratamiento aparte. Aunque Flórez Estrada coloca al negro en igual nivel cultural que el indio, le acuerda menor categoría social y jurídica desde luego, debido a su condición de esclavo. La esclavitud no es institución que agrade al autor; de ella dice ser "obra del abuso mayor, que pudo inventar el hombre", frase expresiva por su devoción por las libertades humanas.

Con manifiesta contrariedad su ideología humanitaria tiene que hacer concesiones ante la realidad. El esclavo era valioso factor productivo en la economía colonial y a su abolición se oponían intereses creados. Si los negros hubieran sido comprendidos en el derecho de representación, "por el mismo acto se les sacaba del estado de esclavitud y en perjuicio de sus dueños"; de momento el efecto es parcial. La abolición hecha sin meditar consecuencias entrañaba peligros futuros de alcance continental, equivalía a "exponer a las Américas en grave trastorno, y... dar motivo a una porción de justas quejas de parte de los propietarios de esclavos", amparados por el derecho de propiedad que garantizaban las leyes.¹⁴⁷

El pensamiento de Flórez Estrada resulta negativo por lo que respecta a considerar —en indios y negros— los respectivos valores jurídicos que les permitiesen ingresar al grueso de la ciudadanía legalizada. Quedaban al margen por causa de su incultura, al extremo de "que seguramente se les puede contemplar incapaces de hacer buen uso del derecho de representación".

Eliminadas las dos clases mayoritarias, el derecho pasaba a manos de una minoría: criollos y europeos, "única clase capaz" para poseerlo. La última duda que podía surgir antes de negar facultad de representación a indios y negros, se esfumaba con sólo pensar "que no podía servir sino para que todo el beneficio recayese en los criollos y europeos",

beneficio cedido por los incapacitados luego de haber raciocinado sobre su inferior condición cultural, “pues seguramente ni ellos harían la elección de representantes en individuos de su clase, ni aun cuando los eligieran podrían sus luces utilizar la nación”.¹⁴⁸

Interpretar los fines y consecuencias de la emancipación es tema atrayente para Flórez Estrada. Otros autores, que después veremos, tuvieron la misma preocupación. Sus tesis tienen un fondo común: demostrar que la independencia fué impuesta por un núcleo minoritario a la inmensa mayoría de población americana entre la cual el deseo separatista no tenía arraigo.

Caracas y Buenos Aires dan a Flórez Estrada material suficiente para probar lo impopular del movimiento. Partiendo de un principio algo filosófico: los americanos levantados trataban de obtener “libertad y dicha” mediante su emancipación, niega que hubiesen alcanzado tales objetivos por haber procedido sus jefes unilateralmente. La libertad política presupone el respeto de otras libertades, verbigracia: libertad individual, libertad de expresión, etc. Cuando determinado sector de una sociedad se cree capacitado para formar un Estado independiente con gobierno propio, debe someter su intento al escrutinio de los ciudadanos que representa: “el gobierno y la soberanía no pueden establecerse al no ser por una conveniencia tácita, o expresa entre gobernantes y gobernados, y cuyo convenio sea recíproco”. Los insurrectos americanos, carentes de escrúpulos, procedieron sin importarles un ardite el “consentimiento universal de aquellas nuevas sociedades” para ejercer la soberanía que se arrogaban arbitrariamente, pues: “La soberanía verdadera no puede ejercerse si no es cuando hay la ausencia espontánea de la mayor parte de los asociados.” Libertad así lograda, pisoteando los más sagrados derechos del hombre, constituía “verdadera usurpación y los gobernantes son unos facciosos”; el régimen levantado sobre bases ilegales es “un estado de facción y de violencia”. Cometido el desafuero, los americanos no podían alegar, para justificar su levantamiento, que habían obrado respetando “la soberanía del pueblo, o la voluntad general”, y por tanto en sus planes no había entrado el decantado deseo de “hacer la felicidad de sus ciudadanos y de darles la libertad.”¹⁴⁹

Tarea no difícil era demostrar que los sublevados y sus ideas separatistas carecían de popularidad entre las masas. Aunque Flórez Estrada no ofrece ejemplos concretos para explicar el porqué de la animadversión popular hacia la independencia de Buenos Aires y Caracas, afirma que la propaganda revolucionaria fué recibida con indiferencia general. Despechados los cabecillas por ese resultado negativo apelaron al uso de la fuerza como medio de catequización: "No produciendo sus manifiestos y las persuasiones de sus comisionados el efecto que deseaban, desde un principio determinaron enviar fuerza armada" para someter los pueblos reacios.¹⁵⁰ El solo hecho de emplear la fuerza de las armas, aparte de dar el índice de impopularidad, revelaba la ilegalidad de sus principios políticos: "[no] podía la voluntad de un corto número de individuos imponer pena de vida a los que no habían convenido en obedecer sus leyes, ni en reconocer su autoridad".¹⁵¹ Este párrafo comprende también la idea peninsular de que los sublevados estaban en patente inferioridad numérica, concepto ampliado en otro lugar con la frase siguiente: "Un corto número de individuos de las Capitales levantadas dictó leyes a tres cuartas partes de la población de indios, a una tercera parte de negros y aun a una porción muy excesiva a ellos de europeos"; no figurando los criollos en la enumeración, es obvio que Flórez Estrada los señala como directores intelectuales de esos levantamientos;¹⁵² y reduciendo sus alcances, el autor fustiga el movimiento en general así: "Sólo una parcialidad conocida, o con ignorancia grosera, podrá asegurar que la reunión de un corto número de familias de Caracas y Buenos Aires no es una verdadera conjuración."¹⁵³

Ahora, ¿cuál había sido la orientación política de la rebelión? ¿Caracas y Buenos Aires se alzaron para resolver el recobro de su libertad, cortar abusos, regenerar instituciones? Flórez Estrada supone que en el fondo se trataba de extirpar el despotismo. No; los actos consumados por el elemento faccioso fueron una réplica de los usados por el despotismo para imponerse. La independencia proclamada a los cuatro vientos no pasó de ser una burda mascarada y cruel escarnio de los principios sustentados; conclusión: cambiar amos tiránicos por otros de igual especie; "atacar al déspota y no al despotismo es dejar subsistir la raíz del mal; es querer... abolir el despotismo bajo una forma para consoli-

darlo bajo de otra tal vez más funesta... los americanos... hasta ahora ningún paso dieron hacia su libertad... para ser libres no basta derribar al déspota... es necesario derrotar al despotismo, pero cimentar las nuevas reformas por actos que lo constituyen, es el medio más opuesto al intento... La conducta de los americanos hasta el presente no fué otra que atacar déspotas a déspotas.”¹⁵⁴

Determinados los fines y medios de la independencia en Caracas y Buenos Aires, Flórez Estrada pasa a explayarse sobre sus consecuencias. Punto que también veremos discutir a otros escritores. Buena parte de razón les asiste al conjeturar los funestos resultados de nuestra emancipación: el cuadro interno, nada tranquilizador, ofrecido por América en medio de su lucha libertaria, con traiciones, disputas intestinas, caudillismo en pugna, rencor de razas, etc., hablaba por sí solo, y los españoles no desperdiciaron la ocasión para presagiar el más negro e inseguro porvenir.

Flórez Estrada atisba el principio de las dificultades en el embrollado complejo social americano. Se le hace difícil pensar que pueda lograrse una conciliación de intereses políticos y sociales entre razas, cuya mutua desconfianza era demasiado palpable; indios, negros, criollos y europeos estaban separados por abismales diferenciales de condición social y cultura: “Esta misma heterogeneidad de individuos, mayor que en ninguna otra parte del globo, contribuye en gran manera a hacer más oscuros sus derechos,... más encarnizada la guerra civil y más dificultosa la reconciliación y establecimiento de un gobierno sólido. Si la oposición de las clases... en los países más civilizados hace malograrse las más de las revoluciones... es muy probable que la América española, en donde aquella es tan marcada... sea poco menos que imposible se pueda formar un Estado...”¹⁵⁵

Viejos rencores aflorarían con violencia para hacer más penosa la organización social. El férreo régimen colonial había servido hasta entonces de dique de contención; rotas sus trabas, las razas oprimidas se lanzarían a vengar odios ancestrales. Los propios gestores de la independencia no permanecerían alejados de la lucha fratricida. En el fuego de la anarquía se consumirían inocentes y culpables; tétrico panorama que el autor describe con calor: “El odio implacable entre las cla-

ses, nacido de un sistema arbitrario que los hacía a todos o opresores o oprimidos, la ambición y los resentimientos de los innovadores; los agravios... y una multitud de víctimas inocentes, serán otros tantos manantiales... de la discordia que dará pábulo a sus guerras civiles, y otros tantos obstáculos... imposibilitarán que se constituyan sin que se verifique la desolación..."¹⁵⁶

Llamará la atención del lector la amplitud con que hemos tratado las ideas de Flórez Estrada en comparación con las de los autores siguientes; ello se debe a que éste dedica toda la primera parte de su libro a razonar, con criterio exhaustivo, sobre los temas apuntados. Los demás, autores de obras generales relativas a historia de España y América, memorias o trabajos parciales sobre la invasión francesa, dedican más cuidado a los sucesos que a sus motivaciones. En ellos las sugerencias del tema americano van siendo presentadas conforme se desenvuelven los hechos, mezcladas con la cronología de los mismos y generalmente indicadas con parquedad de expresión y reticencias espirituales.

TORRENTE establece tres clases intelectuales y sociales que elaboraron el proceso revolucionario. La primera, la neta ejecutoria intelectual, está formada por "los doctores en leyes o abogados"; forjadora de "planes y proyectos", verdadera y única responsable de la independencia, queda señalada en forma indeleble por haber traicionado a su raza y cultura.¹⁵⁷

La segunda clase es la juventud criolla. Vista por él como masa amorfa y desorientada, predispuesta a ser fácil presa de cualquier doctrina subversiva. Hacia ella endereza el autor dura crítica, expresada en todos los tonos que le dicta su deliberada intención de desprestigiar el movimiento americano, "jóvenes díscolos y bulliciosos, alucinados por los venenosos ejemplos... [de] la revolución francesa..." Hace más graves sus acusaciones al asegurar enfáticamente que participaron en la revolución "con la lisonjera perspectiva de apoderarse de los empleos de los españoles, y hasta las riquezas adquiridas por éstos con su activa industria..."¹⁵⁸

Aquella juventud, descendiente de nobles y respetables familias,

herederas de “fortunas colosales”, amasadas con el sacrificio y economía de sus padres, resulta comparable, por sus costumbres disipadas, con la de Roma decadente. Viviendo en la pereza y el abandono las herencias fueron consumidas “por... sus hijos corrompidos... en el abismo de sus licencias y pasiones”.¹⁵⁹ De aquí el conocido refrán que circulaba en América, citado por el autor, síntesis del origen y desaparición de una fortuna: “Padre pulpero, hijo caballero y nieto pordiosero.”

El papel de la tercera clase, llamada por Torrente con los nombres de “clases bajas”, “castas” o “mezclas”, recibe tratamiento detenido y especial. En ella incluye mestizos, negros y sus derivaciones raciales, reducidos todos a la condición de “esclavos”. No se puede apreciar con certeza qué o cuáles razones le inducen a darles tan genérica denominación. Como agregado social las estima “más importantes que la de los indios netos”. Esta postergación resulta incongruente con su admisión de que “la parte principal [de población] la forman los indios”; ideas contradictorias conducentes a suponer que el autor consideró la masa indígena como núcleo aparte, como un segregado de la sociedad colonial.

Sin embargo, la apreciación del autor parece dimanar de una comparación cualitativa de fuerzas en el terreno de la beligerancia. Otorga a los “esclavos” de su clasificación mayor actividad en las luchas por la emancipación y al indio le adjudica el papel de simple espectador. El estado de esclavitud convierte a las “mezclas” en peligro potencial para la estabilidad política y social. Alimentando sordos sentimientos de venganza por su condición, se convierten en dóciles instrumentos de la más leve instigación: “Esta es una fuerza que se la puede mover con facilidad cualquiera que le ofrezca la libertad de entregarse al desorden, al saqueo y a la destrucción, que es el objeto y el término de todos sus afanes...”¹⁶⁰

Bajo la dominación española se mantuvieron “sumisos y obedientes a la autoridad...”, caracterizándose por una fidelidad, aparente o real; y, al llegar la independencia, en ellos no había desaparecido “este respetuoso recuerdo al trono español”. Inferiores en raza “no desconocen la superioridad del europeo”. Los pone en oposición a los criollos al decir

que sirvieron siempre “con mayor gusto y fidelidad que a los hijos del país”.¹⁶¹

Las castas o mezclas ingresaron en las filas insurgentes, no “...por afición a unos ídolos cuyos atributos desconocían”, sino alentados por pasiones bajas y primitivas, “porque se les quitaba el freno de las leyes y les alejaba el temor del castigo, a cuyo sólo nombre habían estado sumisas...” Esa masa turbulenta necesitaba estar sujeta por un férreo sistema de represión “para no cometer los excesos a que suele entregarse la gente sin moral y sin principios”.¹⁶²

Aquella barrera, el régimen colonial, que los mantenía dentro del orden, autoridad y justicia españoles, fué rota por los criollos con pleno conocimiento del peligro a que exponían sus países, y esto porque “necesitaban de hombres esforzados... y aun feroces que sembrasen el terror y espanto...”¹⁶³ En forma palmaria se aprecia que Torrente reconoce en las “mezclas” cualidades apropiadas para servir a los fines de la revolución, cuyos jefes adoptaron una política terrorista valiéndose de “negros, zambos, mestizos y demás castas”.

El autor se promete de todo un pavoroso porvenir para América. Prevé en ella el choque desproporcionado de dos fuerzas opuestas, los “demagogos ilustrados”, débiles en número, y la inmensa mayoría de las castas, “gente tosca e incivil” a quienes imprudentemente habían hecho conocer su “peligrosa importancia”. El dilema de América ante “su mismo azote y exterminio” era “su reunión a la metrópoli, o su dominación por las castas”. Crítica situación que no podría ser evitada “si el Monarca no presta una mano benéfica”.¹⁶⁴

Para el indio tiene conceptos deprimentes en todo momento. Lo califica de “gente floja generalmente”. Contadas veces tomaron las armas alucinados por “falsas excitaciones de entusiasmo patrio”. Carentes de virtudes guerreras, en el uso de las armas “han sido constantemente tan adversos como ineptos”.¹⁶⁵

La mejor cualidad que ve en ellos, es la de haber guardado hacia el trono español ciega obediencia, “veneración casi idólatra al nombre del soberano legítimo...” La presencia semidivina del monarca se halla tan hondamente arraigada en las mentes indígenas que “su mágico prestigio no ha podido borrar la sangrienta lucha civil...” Un respeto de esta

naturaleza, rayano en adoración, será imposible de extirpar; sobrevivirá al tiempo “aun en el supuesto caso de que aquellos países hubieran de quedar emancipados de la Metrópoli”.¹⁶⁶

Para ejemplificar la incondicional sumisión del indio al soberano español, Torrente se remite a la ceremonia que en los pueblos indígenas realizaban los caciques con ocasión de tomar posesión de la vara de alcalde; en ella se arrodillaban ante la efigie del rey y prestaban juramento de fidelidad; también trae a colación el hecho de que los propios caciques se encargaban de recoger los tributos y hacíanse responsables de ellos. Para él todo esto no era sino pruebas fehacientes de una voluntaria decisión del indio para servir al monarca.

En hechos posteriores el autor ve confirmada la servil disposición indígena. Adaptándolos a su criterio, señala que durante el interregno constitucional de 1812, España abolió el tributo y los actos de vasallaje; disposiciones que las autoridades coloniales al ejecutarlas creyeron que se recibirían “con el mayor alborozo”. Haciendo una completa mixtificación del sentimiento indígena, el autor, con gran lujo de fantasía, compone el siguiente episodio: al ser informados los indios de que eran libres e iguales a los españoles, grande fué la sorpresa de las autoridades cuando se les respondió con este discurso: “No taita, eso no: haremos todo lo que quieras, todo lo que nos mandes, con tal que no nos priveis de la gustosa costumbre de arrodillarnos y besar la imagen de nuestro rey; el cielo nos lo ha dado, y lo hemos de respetar como obra de sus manos: los tributos son suyos, y no se los podemos negar.”¹⁶⁷ Huelga todo comentario a tan burdo discurso que, puesto en boca del indio, hace recordar aquellas acabadas piezas oratorias que los historiadores españoles de la conquista y coloniaje hicieron pronunciar al indígena para testimoniar su reconocimiento por los beneficios que recibía.

TORENO coincide con Torrente en las generalidades del tema; pero sus ideas están guiadas por visible serenidad crítica. Partiendo de la conquista, establece dos razas o linajes antagónicos: conquistadores y conquistados, “esto es, españoles e indios”, separación forzosamente impuesta por la victoria de los primeros, que les otorgó “derechos y privilegios que les correspondían”; los segundos fueron declarados por leyes protectoras “libres y no... sujetos a servidumbre”,¹⁶⁸ aceptando el autor

la poca efectividad de tales leyes al aplicarse su contenido en América, y la consiguiente inicua explotación del indio. Citando a Solórzano y Pereyra, le extraña que dijese “cuanto se hacía en beneficio de los indios resultaba en perjuicio suyo”, siendo su opinión que por el contrario, “el mismo cuidado de segregarlos de las demás razas para protegerlos, excitaba a estas contra aquellos”. Obstáculo para la incorporación social del indio fué “el alejamiento en que vivían bajo caciques indígenas”, en lo cual radicó gran parte de la dificultad para instruirlos y a la par quedaron expuestos a “graves vejaciones, apartándolos del contacto de las autoridades supremas, por lo general más imparciales”.¹⁶⁹

El fenómeno demográfico inmediato fué la multiplicación de castas; primera y más importante es la de los hijos de peninsulares nacidos en América, “que se llaman criollos”. En segundo término se hallan los mestizos, producto de la unión entre españoles e indias. Último estrato social son los “negros”.. y las diversas tintas que resultaron de su ajuntamiento con las otras familias del linaje humano allí radicadas”.¹⁷⁰

Los criollos obtuvieron igualdad de derechos respecto de los españoles y de igual manera los mestizos; en cambio, los negros, mulatos, zambos, etc., “reputábanlos la ley y la opinión inferiores a los demás”, reconociendo Toreno que estaban mejor dotados en “fuerzas físicas y facultades intelectuales”,¹⁷¹ sin explicar a qué clase aventajaban en esas cualidades. Suponemos que a los indios. Por lo general, vemos el esquema de Toreno bastante ajustado a la estratificación social en América en ese tiempo.

Juzgando la actividad de cada clase dentro del movimiento independiente, designa a los criollos como los más propensos a “promover alteraciones”, inclinación peculiar de ellos por sentirse agraviados y pospuestos en su propia patria, a causa de la escasa participación que en la administración pública les concedía el monopolista régimen colonial. Poseían también, muy desarrollado, un orgullo de clase mantenido por su “riqueza e influjo”. La independencia tuvo sus principales adeptos entre “la mocedad criolla de la clase media y el clero inferior”, opinión similar a la de Torrente; siendo de notar que Toreno alude por primera vez al clero como integrante de las filas insurgentes.

Al lado de criollos y mestizos, el indio es siempre visto como inferior por el lastre de su escasa cultura. Oprimido, no cesó de “suspirar por su antigua independencia”. Suficiente espíritu de lucha y empresa le faltaron para exteriorizar ese contenido deseo.¹⁷² Consideramos muy difundida en los escritores estudiados la idea sobre la incapacidad del indio para liberarse por sí mismo; asumiendo actitudes decididas nunca nos lo presentan. Pasan por alto, en su verdadero significado, las vigorosas sublevaciones indígenas de Sudamérica en el siglo XVIII e inicios del XIX.

En parcial discrepancia con Torrente, Toreno resta importancia a la participación del negro, que aquél equipara con el mestizo, en la lucha emancipadora: “no les era dado... entrar en lid sino de auxiliares, a lo menos en un principio”.¹⁷³ Su escasa contribución estuvo determinada por dos razones: una, secundaria, escaso número; otra, fundamental, el prejuicio racial del criollo hacia el esclavo le obligaba a desconfiar de su lealtad como auxiliar.

LAFUENTE es inexplicablemente breve en todo lo referente a la participación de las clases sociales en la emancipación. Al tratar del recrudescimiento de las ideas separatistas, derivadas de la situación española, habla en forma vaga de que “la idea de independencia... bullía principalmente en el clero inferior y en la juventud de la raza criolla”.¹⁷⁴ Su terminología es análoga a la de Toreno, difiriendo sólo en anteponer el clero al criollo. Nos parece ver en esa distinción que ambos historiadores hacen, de clero y criollo, una simple cuestión de forma; pues en el fondo no puede establecerse una total separación, puesto que las filas del primero, precisamente el inferior, fueron servidas a menudo por el criollo que buscó en la carrera eclesiástica beneficios económicos y culturales.

MORAYTA hace una clasificación social que tiene algunos puntos de contacto con Torrente: clase ilustrada primero; siguen los mestizos. El autor, no obstante dar a los últimos calificación tan general, al hablar de su extracción, expresa que fueron “hijos de aventureros, que por medio de su trabajo o contrayendo matrimonio ventajoso, llegaron a reunir

fortunas fabulosas".¹⁷⁵ No es dificultoso distinguir cierta analogía de conceptos con Torrente, sin que por ello caiga en una rudeza de adjetivos.

Notable es encontrar en Morayta la eliminación del término "criollo", bien como clase social o dirigente de la revolución; papel que, para él, sólo fué desempeñado por "los abogados y los mestizos". Así, criollo y mestizo es una misma cosa o, cuando menos, lo primero no es considerado de manera especial. O también, que los "abogados" fueron criollos, razón muy difícil de sostener, pues todos los criollos no iban a ser abogados de profesión.

Morayta es el único que habla de partidos. Su formación data de fecha reciente, 1808 a 1814. Ellos son "el español y el separatista". Aquél tenía por fin "conservar el poder bajo sus órdenes para entregárselo en su día a Fernando"; éste, teniendo por norte la independencia de Estados Unidos, "aspiraba a lograr lo conseguido por las colonias inglesas".¹⁷⁶

La composición de ambos partidos era heterogénea: "En uno y otro aparecían mezclados y confundidos los españoles, el episcopado, las órdenes monásticas, los mestizos y los indios"; en el separatista predominaron los últimos. Puntualiza la división existente entre el clero ante el movimiento independiente: "regulares y seculares formaban casi por igual en uno y otro [partido]".¹⁷⁷ Hasta el momento es el único autor que observa la activa cooperación del clero en la lucha, "...primero en levantar en algunas provincias la bandera separatista".¹⁷⁸

Llámanle la atención los indefinidos propósitos del partido español, "realista recalcitrante en unas localidades y resueltamente liberal en otras". La existencia del liberalismo hispano, en esa dualidad de posición partidarista, se debió a la circunstancia de que "fueron no pocos los [españoles] que hicieron suyas las doctrinas constitucionales victoriosas en Cádiz..."¹⁷⁹

El negro tampoco entra en la clasificación de Morayta. Apenas se refiere a él como contribuyente eventual de su raza a la causa común. Junto con los indios recibe trato de oprimido y desheredado. A pesar de incluir al indio como elemento mayoritario en el partido separatista, su actuación no pasó de servir "por lo general de instrumento", y "no

así los mulatos". Obsérvese que participa de la misma idea de Toreno: excluir la raza negra del movimiento; pero no explica sus causas.¹⁸⁰

V

LA ENCRUCIJADA ESPAÑOLA: RECONQUISTA DE AMÉRICA O RECONOCIMIENTO DE SU INDEPENDENCIA

Consumada la independencia americana, el gobierno ibérico se ve en la necesidad de reconsiderar su política hacia las ex colonias bajo dos perspectivas: reconquista o reconocimiento de su independencia.

Ambas, opuestas por naturaleza y sentido, son el tema obligado de las conclusiones a que arriban los historiadores españoles del siglo pasado. Antes, es necesario bosquejar campos de especulación que reflejan los efectos de la independencia en el espíritu hispano. Conservadores y liberales representan las tendencias políticas prevalecientes en España en aquel momento histórico. Ideologías irreconciliables por sus principios y fines, cada una con su versión de las causas del separatismo americano.

El conservador, testigo presencial del curso tomado por los sucesos, reacciona con viveza ante lo patente de la independencia americana. De inmediato opta por aconsejar que se reconquiste el imperio, frase que suena agradablemente a sus oídos. Saturado de optimismo, pide al gobierno español que adopte sin dilación ese temperamento. Sus más sólidos argumentos, para dar por descontado el éxito de España, son: indudable existencia de fuertes elementos sociales prohispanos en América y notoria anarquía de sus pueblos que impide consolidar gobiernos independientes. Una ojeada sobre tan favorables perspectivas le indica que "reconquistar", en rigor, no es sino el calificativo general dado a la acción: "regreso" de España a América es el término más apropiado. Al plan de reconquista, o regreso incruento, acompaña un apéndice de reformas políticas y administrativas, aconsejadas por la experiencia, que involucran completa revisión del caduco sistema colonial. Nuevas leyes, nuevas autoridades, nueva educación, nuevo trato para el ameri-

cano, reformas totales, en fin, imprescindibles para asegurar el dominio español contra cualquier otro intento de emancipación. Este optimismo no repara en obstáculos; no para mientes en si España está en condiciones de salir airosa del esfuerzo; no tiene noción de distancias y proporciones. Infautado, cree que todo consiste en cruzar el océano y plantar el pabellón español en tierra americana, reanudándose la historia de tres siglos atrás. Pone sobre el tapete sólo cartas de triunfo. Habiendo baticado al dominador de Europa, España ha renacido, como el ave Fénix, de sus propias cenizas. Revitalizado el poderío, nada hay que se oponga a consumir sus designios. En consecuencia, el destino de América depende una vez más de la voluntad ibérica. Manifestación contraria a este exagerado optimismo, es su constante apremio demandando acción inmediata; no obstante mostrar seguridad por los resultados, en el fondo bulle cierta inquietud que contempla una posible afirmación de los Estados americanos, lo cual echaría a perder sus cálculos. Tales son las características del criterio conservador, tipo Torrente, representativo del orgullo hispano que ansía castigar la osadía americana.

Pareado a él tenemos un conservadurismo oscilante entre moderado y liberal, que examina los problemas desde puntos de vista reales y prácticos. Ve la reconquista como algo quimérico e impolítico. Acepta que hubo momentos propicios para haberla intentado; pero, desperdiciados por la desorientada política de Fernando VII, máximo responsable del desastre español, aquéllos no volverán a presentarse en lo futuro. La metrópoli debe detenerse a considerar su impotencia material; inútil es ocultar el verdadero estado interno. España ha quedado arruinada como potencia y sería fatal emplear sus últimos recursos en vanos intentos de reconquistar todo un mundo que mostraba estar unido para rechazarla. El recurso más acertado es reconocer la independencia americana, desechando, por impracticable, las ideas de nueva dominación.

No fueron menos los que siguieron creyendo en la eficacia de la persuasión basada en reformas o aconsejaron buscar el acercamiento con América por las vías diplomáticas.

FLÓREZ ESTRADA pertenece a los últimos. De él sólo conocemos una referencia indirecta sobre su posición durante los años anteriores al término de la contienda. Estando en el destierro, prepara su *Representación a S.M. Católica Don Fernando VII en defensa de las Cortes*, Londres, 1819, en la cual el característico criterio contemporizador no le ha abandonado. Propone “despachar comisionados a todas las provincias levantadas de la América para tratar con Gobiernos y Congresos, sin exigir de nuestra parte otra condición que el que formen una misma nación con España, dejando enteramente a su arbitrio todas las demás condiciones.”¹⁸¹

PRESAS ataca con vigor la negligencia del gobierno español por haber dejado perderse las oportunidades que se ofrecieron para intentar la reconquista de algunas colonias, cuando todavía no se habían consolidado políticamente. La culpa entera es de Fernando VII, “ocupado y distraído siempre en sofocar disturbios y conspiraciones”;¹⁸² en otro lugar pone de mayor relieve los desaciertos del absolutismo que resolvía su política en “sistema... de persecución... destierros... proscripciones y aun con la misma muerte. Ésta era entonces la única y exclusiva preocupación de las absolutistas, que abatidos conspiran, y triunfantes queman y degüellan”.¹⁸³

Entre tanto, la indiferencia del poder español hacia las colonias era aprovechada por naciones rivales para arrebatar los vínculos comerciales que España todavía estaba en condiciones de mantener con América y que podían resarcir parcialmente lo perdido.¹⁸⁴

Nueva España fué la posesión de ultramar que más posibilidades de reconquista ofreció. La reacción habida en México con ocasión de la caída de Iturbide era muy favorable a España. Los partidarios del ex emperador, aunque arrojados del poder, pasaron a engrosar el poderoso grupo de descontentos, nada despreciable, distinguiéndose muchos de ellos por su riqueza, y sobre todo “por el particular influjo que tenían en una gran parte de la población”. Tendencia de esta oposición fué crear un partido capaz de restaurar el antiguo orden de cosas con ayuda española del exterior; y para llevar adelante sus propósitos deseaban “se presentase una expedición para reunirse con ella y escarmentar a sus enemigos capitales”. Las diversas conspiraciones descubiertas por

el gobierno independiente mexicano revelaban la existencia de una fuerza contraria que no se reducía a lamentar su situación, sino que estaba dispuesta a la acción. Con todo, España hizo caso omiso de circunstancias tan propicias que proporcionaron "ocasión segura... para recuperar a poca costa aquel vasto imperio".¹⁸⁵

El gobierno de la metrópoli tuvo a su alcance la reconquista si hubiese orientado los intereses nacionales hacia una reconciliación interna de todos los partidos en pugna, y luego robustecer las expediciones enviadas a Cuba en 1824 y 1825, en lugar de lanzarlas contra Portugal; la recompensa para los españoles habría sido ver "con satisfacción y gloria enarbolando el pabellón... en el palacio y ciudadela de México".¹⁸⁶

No podía ser más desolador el resultado de aquella obcecada política; por culpa de la "inacción, apatía e ignorancia del gobierno de la Metrópoli", América se había dividido en repúblicas independientes unas de otras, pero "unidas para hacer la guerra a los españoles que intentasen alterar el sistema establecido..." La consolidación de los pueblos americanos estaban ya inequívocamente establecida, y sus pueblos tenían pleno conocimiento de sus derechos soberanos: "No hay criollo, grande ni pequeño, rico ni pobre, que no esté animado de estos mismos sentimientos", es decir, rechazar por la fuerza todo intento de volver a dominarlos, "la inmensa multitud de quince millones de habitantes está enteramente decidida a sostener su emancipación a toda costa".¹⁸⁷

El desconcierto y anarquía, que en muchos países americanos fué secuela de su independencia, crearon, según el criterio de muchos españoles, clima propicio para la reconquista. Un oportuno e inteligente aprovechamiento de los brotes reaccionarios habría representado, tal vez, eventual vuelta al dominio español de grandes y esenciales porciones de sus perdidas colonias.

Mientras que los pueblos de América se libertaban, Fernando VII se enfrascó en cuestiones internas, desentendiéndose de los asuntos americanos; no prestó atención a la hoguera que ardía con renovado furor allende el mar. Si hubiese revisado en parte su actitud, después que creyó haber extirpado el liberalismo, dedicando algún interés al inquietante problema americano, por lo menos estaría justificado ante

la historia. Pero, con todo, ya era demasiado tarde. La fuerza del movimiento separatista había neutralizado y absorbido los esfuerzos de aquellos últimos simpatizadores del antiguo régimen. Los conservadores intransigentes estaban en minoría, y si tenían el suficiente valor de protestar su inconformidad por el sistema republicano, sus voces se perdían en el vacío. Los moderados acabaron por aceptar la independencia sin reservas. Quedaron, pues, eliminados los únicos elementos de que España pudo disponer para reinstalar en América sus instituciones coloniales sin apelar a recursos extremos.

Pero, ¿estaba la metrópoli en condiciones materiales capaces de intentar una empresa de tal magnitud? ¿Contaba con recursos económicos y humanos necesarios para armar un ejército que disputase palmo a palmo la libertad americana?

Veamos cómo el criterio realista de Presas sopesa las probabilidades puestas al lado de España para emprender esa aventura. Reputa inútiles todos los esfuerzos encaminados a poner en marcha un plan que desde el comienzo estaba destinado al fracaso. Para llegar a esta conclusión no había más que examinar la situación real de la península al concluir la guerra con Francia: “sin dinero, sin crédito, sin marina, sin recursos de ninguna especie... resuélvase el problema de si será posible que en tal situación pueda la España recuperar por la fuerza sus Américas...”¹⁸⁸ Un juicio razonable y equilibrado descartaba cualquier probabilidad de éxito; era “indudable que la respuesta de todo hombre sensato estará por la negativa”. Imperativo del momento era obligar al rey a que admitiese la futilidad de “reconquistar ahora ni nunca las Américas”. Su política debía dar un viraje completo, ajustarse a la realidad adoptando “un sistema que sea enteramente diferente, que sea más útil a sus súbditos, y que produzca más ventajas a su propia corona”.¹⁸⁹

Todas esas frases del autor, amargas y duras, pero sinceramente expresadas, son el preámbulo de una tesis que se orienta definitivamente al reconocimiento de la independencia americana. Siendo ella una dolorosa y palpable realidad para España, su porvenir es la única preocupación que debe anteponerse a cualquier razón de orgullo o prestigio. Aquel vasto imperio pertenecía ahora al pasado, había que-

dado confinado al recuerdo de gloriosos días ya lejanos. Lo tangible era un presente preñado de inseguridad que demandaba soluciones radicales, no quijotescos alardes de fuerza. El dominio de América representó para España la base de su antiguo poderío y riqueza: los términos estaban invertidos. “Desde que España tiene cortadas sus relaciones con América, ve con dolor arruinadas sus fábricas, paralizadas las artes y la industria, abatida la agricultura, sin ocupación la clase obrera y menesterosa, y el reino todo en la mayor necesidad y miseria...”¹⁹⁰ Éste era el penoso aspecto peninsular en momentos en que sus gobernantes, “hombres ignorantes y corrompidos”, creían poder remediar los desastres con una irrealizable reconquista de América.

Reconocer de inmediato la independencia de América resultaba la mejor manera de servir a una España al borde del colapso total: “preciso es pues convenir en la urgente necesidad en que se halla la España de reconocer cuanto antes la independencia de todas las repúblicas... establecidas en las Américas, no sólo para evitar los perjuicios que le causan los corsarios en su comercio, sino también para poder extender éste”.¹⁹¹ Así, poderosas razones económicas exigían el reconocimiento. Arruinada España, cortados los vínculos comerciales con su ex imperio, se asfixiaba en el hostil continente europeo.

La otrora potencia mundial había caído tan bajo que ni aun sola podía intentar la reanudación del comercio con América libre. Debía entregarse casi incondicionalmente a merced de naciones rivales que “han procurado y procuran sacar de la América española el partido y ventajas que les proporciona su comercio”. Salvar a España imponía la dura necesidad de arrojar a un lado todo escrúpulo y aceptar el humillante papel de tener que llamar con humildad, aun en puertas poco amistosas, pidiendo ayuda: “Entonces asegurada la poca marina mercante que ha quedado por medio de tratados amistosos, durables y garantidos, si puede ser, por una potencia extranjera, ofrecerá al comercio español un seguro transporte...”¹⁹² No pueden ser más lamentables para el prestigio español las crudas recomendaciones de Presas.

Con todo, valía la pena hacer sacrificios. Grandes beneficios se desprendían de ellos. Aceptado el reconocimiento de independencia y reanudado en parte el tráfico comercial, no tardaría en recogerse el

dividendo de utilidades. Además, se debía contar con el margen aprovechable que la dominación española dejó en América, “por la preferencia que por la costumbre y el uso dan aun aquellos habitantes a los frutos y artefactos de España”.¹⁹³

Iniciado el contacto comercial con América, las oscuras perspectivas de España se irían aclarando. El resurgimiento económico, político y social no tardaría en presentarse: “El labrador y el artesano hallarán... la recompensa de sus trabajos y el erario tendrá el ingreso que en el día se halla privado.” Aseguradas las fuentes de trabajo y subsistencia para el pueblo, retornaría la normalidad política en el respeto a las leyes y gobierno, normas quebrantadas en virtud de que “los hombres por no tener de qué subsistir, se ven obligados.. a conspirar contra el gobierno que miran como su mayor enemigo...”¹⁹⁴ Y por lógica resultante “no habrá clase ni estado que no experimente las ventajas que ofrecen las relaciones amistosas con los americanos españoles...”

Aquellos buenos dividendos no se limitarían al campo de los resultados materiales; se reflejarían simultáneamente en el aspecto espiritual. Presas cree que “por tales medios pueden aun renovarse... sentimientos de fraternidad y unión que tanto bien produjeron a la España antigua y moderna...”¹⁹⁵ Convencido de la inutilidad de todo intento de reconquistar América, percibe con inquietud la renovación de esa idea, estimulada por el restablecimiento económico, y se adelanta a exigir el rechazo de cualquier maniobra que la patrocine. Los americanos estarían prontos a obrar con lealtad “siempre que no les dé motivo alguno, ni el más pequeño recelo de querer dominar ahora ni nunca aquellos países”.¹⁹⁶

Si España observaba una conducta ideal y sincera podía acercarse a América con seguridades de éxito. El autor supone, casi lo da por descontado, que en las repúblicas americanas existe una favorable expectación para que el gobierno español diese el primer paso hacia la reanudación de relaciones, arregladas ahora en un terreno de igualdad de condiciones, primando el tratamiento entre naciones soberanas: “podemos asegurar que no dejarán de admitir... cualquier propuesta que se les haga... con tal que sea razonable y equitativa...” El móvil fundamental de los pueblos americanos para desear la propuesta his-

pana tenía carácter jurídico, “por el gran interés que tienen en legitimar su independencia”. Razón inobjetable, pues requisito necesario para presentar al mundo su condición de naciones libres era recabar el reconocimiento de España. Entre tanto no obtuvieran aquella legalización, sobre América se cernía el grave peligro, señalado por Presas con precisión: “siempre estará propuesta a los ataques y vicisitudes a que pueden verse comprometidas por las potencias de Europa, interín no reciban la sanción de España...”¹⁹⁷

Antecedentes justificativos de esta aprensión no faltaban. Francia e Inglaterra poco habían hecho por ocultar en el pasado, y menos en presencia de la bancarrota española, su interés por las opulentas colonias. Napoleón hizo claras maniobras políticas para infiltrarse en América; Inglaterra, por su parte, no vaciló en abrir sus arcas otorgando liberales empréstitos a los revolucionarios y aun, de 1810 a 1813, siendo aliada de España, trató de aprovechar su debilidad ofreciéndose como mediadora entre la metrópoli y América, para arrancarle, en compensación, concesiones políticas y económicas que significaban la casi completa eliminación de España.¹⁹⁸ Finalmente, en 1824 reconoció la independencia de Colombia, México y Buenos Aires; y en 1825, la de Chile, Perú, Bolivia y Centroamérica. Descubiertas ambiciones que no podían pasar inadvertidas, y nada podía impedir que aquellas potencias trataran de aprovechar la anarquía americana para introducirse con relativa facilidad en el continente y suplantar a España como nación dominadora.

El peligro se proyectaba también sobre las posesiones que todavía permanecían fieles a la metrópoli. Ésta era una razón más para proceder sin vacilación al reconocimiento de la independencia: “Mientras la metrópoli no se reconcilie con las repúblicas establecidas... reconociendo su independencia... se expone a perderlas todas, porque no faltarán instigadores... que las representen y ponderen los males y perjuicios que sufren bajo la dominación española, y los bienes que recibirán separándose...”¹⁹⁹

TORRENTE es el apoloquista de la tragedia interna americana por separarse de España. Es su obsesión y su más socorrido tema especulativo. No deja pasar ocasión alguna para poner en evidencia los males

sin cuento que le han de sobrevenir: “¡Horrible cuadro... presentaría la América si en el libro de los altos destinos estuviera escrita su definitiva separación de la península!”²⁰⁰ Y rotundamente asegura: “pero este decreto jamás será fulminado contra aquellas tan ricas como desgraciadas regiones”. Para él no hay duda posible sobre el inminente retorno de América al dominio español. Su optimismo está sustentado por una capciosa interpretación de las dificultades internas. La independencia obtenida no es más que transitoria consecuencia de aquella desatención a que España se vió obligada por la invasión napoleónica. Eliminado el peligro francés, no queda obstáculo para que España retome el dominio, cuando el rey lo decida. De la voluntad real depende la salvación o continuación de las desgracias que los pueblos americanos se ganaron en un momento de extravío: ‘El mayor castigo que el soberano español podía imponer a la América sería abandonarla a su propia suerte.’²⁰¹

En Torrente la palabra reconquista no existe. Imposible que piense en ella si, como hemos visto en su concepto sobre el indígena, las masas americanas permanecen fieles al rey. Un simple decreto y España “volverá” a América sin oposición y recibida con alborozo. Los desengañados americanos suspiran porque este gesto magnánimo sea dado cuanto antes para poner término a sus sufrimientos bajo una libertad ficticia.

La pacífica reocupación de América elimina los inconvenientes de tener que trazar planes con miras de emplear las armas. Sólo debe pensarse en reformar el antiguo régimen, aplicando en los dominios aquellos beneficios alcanzados por España al restaurarse Fernando VII. Acto seguido Torrente traza el idílico cuadro de lo que había de ser América nuevamente reunida con la Madre Patria. Gracias a las reformas, los dominios “llegarán a disfrutar de igual felicidad que sus hermanos los peninsulares, volverán los tiempos gloriosos y tranquilos...”; inexplicablemente los americanos han ganado la estimación de España, tanto que ahora merecen ser tratados como hermanos.

Salvo ese humanitario tratamiento, lo demás no será sino un disimulado régimen de fuerza, en el que los españoles dominarán toda actividad civil, política y militar, viviendo felices y agradecidos del filantro-

pismo español. América deberá ser regida por “autoridades respetables españolas... jefes dotados de energía y prudencia... caudillos cuyo sólo nombre sea una garantía segura de sus promesas a los rendidos... oficiales que organicen respetables cuerpos en el mismo país; divisiones que se distingan más por disciplina que por su número...”,²⁰² despliegue de fuerzas muy en contradicción con la supuesta fidelidad americana.

En el aspecto legislativo Torrente es bastante liberal, a pesar de sus principios conservadores: “leyes benéficas que pongan en armonía la prosperidad del Nuevo Mundo... disposiciones gubernativas rectificadas por la larga experiencia; protección a todos los ramos de la industria... inviolabilidad de propiedades sea de naturales o de extraños...”; y por último, social y culturalmente habrá igualdad y armonía, “unión fraternal entre los hijos de ambos continentes... mejora de educación y reforma de costumbres. He aquí los únicos medios de que renazca la infeliz América...”²⁰³

El plan propuesto por Torrente carece de originalidad. Las principales ideas se encuentran en Floridablanca y Godoy.

De momento no hemos podido contar con autores de ideología liberal, contemporáneos de Presas y Torrente, que hubiesen permitido confrontar puntos de vista peculiares a cada tendencia.

TORENO, en atención a su cambio de ideología, defrauda las expectativas. Desconcertante es el viraje de sus ideas. Esto ocurre por 1822 y como consecuencia de los sucesos ocurridos en México. Por ese tiempo llega a conocimiento del gobierno español la insurrección de Iturbide y el Plan de Iguala. Las Cortes se encargan de estudiarlo, nombrando para ello una comisión integrada por diputados peninsulares y mexicanos. El representante mexicano Francisco Fagoaga redacta un proyecto que Toreno se encarga de someter a consideración de las Cortes, revisión que no fué llevada a la práctica. Dicho proyecto, calcado sobre los planes de Aranda y Godoy, proponía dividir América en tres grandes imperios, gobernados por infantes de la casa reinante: uno en el norte, comprendiendo todo el territorio mexicano; dos en el sur: uno formado por Venezuela y Nueva Granada, siendo Bogotá su capital, y otro, abarcando Perú, Chile y Buenos Aires con Lima por ca-

pital. Casi inmediatamente llega a Madrid lo resuelto entre Iturbide y O'Donjú mediante el Tratado de Córdoba, que es interpretado como traición del representante español. Sale Toreno en defensa de los intereses peninsulares con cuatro proposiciones que presenta a las Cortes, reducidas a lo siguiente: anulación del Tratado de Córdoba; declaración ante las potencias extranjeras de que España no había cambiado en sus pretensiones sobre los derechos que tenía en América; afianzamiento del poder español en las provincias todavía fieles y que los diputados de las provincias emancipadas no fuesen admitidos en el seno de las Cortes. Las tres primeras proposiciones fueron aprobadas, dejándose la cuarta para que las Cortes ordinarias posteriores resolviesen.²⁰⁴

Entramos en el campo liberal de la segunda mitad del siglo XIX, exponiendo las ideas de dos historiadores bastante alejados de la emancipación, y más aún uno de otro. Opinan en general por el reconocimiento de la independencia, condición que conceptúan como asunto concluído. Demuestran constante afán impugnador con respecto a la política de los gobiernos peninsulares durante los años de 1808 a 1814 y el reinado de Fernando VII, blanco favorito de sus ataques.

En LAFUENTE encontramos el tema del presente capítulo expresado en forma muy superficial. Habiendo admitido lo inevitable de la independencia, no hace por supuesto alusión alguna a su eventual reconquista, idea bastante esfumada en su tiempo. Con moderación censura la indiferencia del gobierno hispano por el problema americano, no obstante que "reclamaba imperiosamente su atención... el estado de las provincias de ultramar, emancipadas ya unas o en vías de conseguir su emancipación otras".²⁰⁵

Remitiéndose a la grave situación de España en Europa, se pronuncia formalmente por el reconocimiento de la independencia como mejor solución: "Difícil era todo remedio que no fuese reconocer su independencia..."; venciendo la natural repulsión que sentía el gobierno peninsular hacia ese paso, España pudo haber logrado grandes ventajas, "sacando de él todo el partido posible, que entonces podía ser muy grande"; en cambio, sus gobernantes se encerraron en una intransigencia demasiado lesiva a los altos intereses del Estado: "Más ni el

gobierno ni las Cortes entraban en este remedio, heroico pero necesario, hasta por motivos y razones constitucionales, no permitiendo la Constitución enagenar parte alguna del territorio de España.”²⁰⁶

Peor era la terquedad del monarca al aferrarse obstinadamente a razones de orgullo y prestigio, inútiles en aquellos momentos, oponiendo con su actitud un necio impedimento legal para sancionar el reconocimiento. “El rey no quería desprenderse del dominio, siquiera fuese ya nominal de aquellas provincias.” En los círculos palaciegos muchos personajes creían cándidamente que todavía era posible atraerse las colonias “a una reconciliación y pacificación”.²⁰⁷

Al decir del marqués de Villa Urrutia, Fernando VII “sólo se ocupó en conspirar contra sus ministros y en gestionar cerca de Luis XVIII la intervención armada de Francia para librarle de los liberales, que amenazaban su vida, teniendo siempre frente a sus ojos el triste fin de Luis XVI y su familia, que le estremecía fuera el suyo”.²⁰⁸ Los temores del monarca se derivaron del pronunciamiento de Riego en 1820, que le obligó a sancionar la Constitución de 1820 y llamar al gobierno a los liberales.

La progresiva emancipación de los dominios fué para Fernando VII asunto de escasa importancia, “porque nunca se dió cuenta del significado y trascendencia de la insurrección, y creyó, que, una vez restaurado... el Gobierno absolutista, sería empresa fácil la reconquista y sumisión de las provincias rebeladas”. Por cierto que tenía respaldo de opinión para desoír los consejos destinados a hacerle variar de idea: “la mayoría de los españoles, si no compartió el optimismo del rey respecto a la fácil reconquista, se opuso, como él, al reconocimiento de la independencia de los nuevos Estados”.²⁰⁹

Estéril resultaba el menor intento de acercarse al rey con proyectos que no contemplasen la reconquista de sus dominios en ultramar, “rechazaba toda proposición de paz que no tuviera por base el reconocimiento de su soberanía y la completa sumisión de sus rebeldes vasallos”.²¹⁰ Su inconsecuente negativa se hacía mayor cuando surgía la presión de potencias europeas que se mezclaban en las cuestiones americanas. Llegó un momento en que el canciller de Fernando VII, acosado por los representantes de Francia e Inglaterra, se atrevió a

plantear al rey la necesidad de buscar un arreglo con las colonias, obteniendo por respuesta: "que había hecho caso de conciencia [Fernando VII] el no renunciar jamás a sus derechos sobre las Américas; que Luis XVIII había recuperado su Corona a fuerza de perseverancia, y que el tiempo y el cansancio de las conmociones intestinas le reservaban, tal vez, la reconquista de sus colonias".²¹¹ El monarca había resuelto en definitiva que sentarse a esperar era lo más adecuado.

Si la figura de Fernando y su intransigente posición es vista por Lafuente como un elemento de orden secundario en el cuadro político español, MORAYTA destaca e individualiza la culpa de ese monarca en la pérdida de América. Estima que antes de restaurarse el absolutismo fernandino la independencia americana estaba tan sólo planteada en forma que había esperanzas de llegar a una transacción equitativa, eliminando la ruptura con España mediante el simple procedimiento de hacer justicia a las reclamaciones americanas. Faltos de tacto el rey y sus consejeros, negándose a dar solución ajustada a las circunstancias, permitieron que evolucionasen los acontecimientos hasta un punto irremediable: "en 1814 al comenzar de hecho el reinado de Fernando VII, las cosas marchaban mal en América, pero tenían remedio... y por consecuencia de la torpe política reaccionaria seguida en España y en América, la cuestión se agravó considerablemente. Y ¿cómo no, si durante aquellos cuatro años [1814-1818] nada se hizo para satisfacer las quejas de los americanos, y sí para irritarlos más, y apenas si se intentó algo para reducirlos por la fuerza?..."²¹²

La culpabilidad del rey es manifiesta a todas luces. Sobre él pesaba grave acusación: haber permitido que las primeras e inseguras manifestaciones de separatismo americano tomaran desmesuradas proporciones ulteriores, cuando ya no cabía remedio. Opina como Torrente que el discutido monarca no supo aquilatar ni aprovechar en todo su valor el cansancio que las colonias anarquizadas mostraron repetidas veces: "En todo, absolutamente en todo, habían de notarse los resultados de la nefanda política de Fernando. Existían, es verdad, en América, gérmenes separatistas, pero como aquellas provincias habían pagado sus alardes de independencia con la anarquía y la guerra civil, posible y aun fácil habría sido entenderse con ellas."²¹³

El oportuno otorgamiento de unas pocas concesiones hubiera sido suficiente para poner otra vez al alcance de España el dominio de América: "Algunas concesiones... para recobrar aquellas comarcas fatigadas y estrechar entre ellas y España nuevos lazos útiles a una y otra parte."

Equivocados consejeros hicieron creer al rey que su autoridad seguía siendo indiscutible en el Viejo y Nuevo Mundo, y por tanto, ceder a la presión americana era lo mismo que negar sus derechos, reconocidos por todos: "Persuadieron a Fernando que debía ser dueño absoluto en América como en España, y no quiso hablar de reconciliación."²¹⁴

La verdadera opinión que América tenía del monarca era del todo diferente. Su servilismo y cobardía ante Napoleón habían demostrado su incapacidad como gobernante; carecía de entereza y lealtad para cumplir sus obligaciones y promesas; su absolutismo probó hasta la saciedad lo que de él podía esperarse: "Suya fué así, toda, absolutamente toda, la responsabilidad de cuanto allí [América] sucedió. Por su extremada torpeza en presentarse en Bayona y por su sin igual cobardía, al resolverse a disfrutar las delicias de Valencey..."²¹⁵

No había que extrañarse, con tales antecedentes, de la resolución de América en el sentido de emanciparse en forma absoluta. Resultaba impropio decir que se hallaba desengañada del sistema republicano; el verdadero desengaño vino de España y de su rey, y, sobre todo, del hecho de haber sentido por experiencia propia las ventajas de vivir en libertad: "...por su culpa no volvieron [las colonias] a la obediencia de España, que los pueblos que han vivido siquiera un día de la vida de libertad, no se someten jamás voluntariamente a la esclavitud política".²¹⁶

Amenazar con el empleo de las armas al pueblo americano, cuya beligerancia se había provocado demasiado, resultaba estéril, pues antes había que pesar razones geográficas, militares y políticas. Lanzar tales y desproporcionadas bravatas era propio de personas que no pensaban en la incapacidad de España para llevarlas a cumplido efecto: "Era la América española demasiado grande y la independencia ya había hecho demasiados progresos para ser imposible su sometimiento por

las armas, no ya por cuanto valían los americanos, sino por los flacos medios de que disponía España".²¹⁷

Morayta hace alusión de una eventual reconquista de América, si Fernando VII hubiese actuado con tino y en el momento propicio. Sin tener que recurrir a vagas amenazas, y en cambio haber puesto en ejecución un bien concebido plan de ofertas encaminadas a satisfacer las aspiraciones americanas, con ello se habría logrado convencerlos de la buena fe con que procedía España, "en lugar de manifestarse Fernando VII jefe de un partido resuelto a fundar su autoridad sobre la ruina de sus contrarios, hubiera podido cicatrizar heridas, restablecer la concordia y despertar sentimientos de alto patriotismo, quizá hubiera podido pensarse en reconquistar América".²¹⁸

Tal ha sido la posición de los historiadores que hemos estudiado con respecto de unos cuantos, entre muchos, aspectos que la independencia americana ofreció.

Su discusión ha estado polarizada por representantes de las dos tendencias políticas en boga durante el siglo XIX español: conservadora y liberal. Cada cual, guiado por sus principios, mantuvo definida línea de conducta para juzgar la causalidad y consecuencias del separatismo americano. El conservador, elemento predominante en las primeras décadas, sostiene con agresivo vigor sus puntos de vista. Apologista fervoroso de las instituciones coloniales, ve en ellas modelo de perfección, sabiduría y filantropía política. Por eso impugna la independencia como acción indigna y pone a sus gestores en la picota del juicio eterno. Busca la revancha pidiendo ejemplar castigo para los americanos.

El indeciso liberal de aquella época se inclina por la comprensión. Aunque no le abandona del todo su natural españolismo, pues expresa cierta amargura al ver que los americanos rompen con la Madre Patria cuando ésta necesita más que nunca de ellos, termina por aceptar la independencia como hecho consumado, y estima que España debe olvidar lo pasado para lograr un benéfico acercamiento con América libre.

Por último, los liberales de fin de siglo reconocen en toda su extensión la validez de la independencia, sin encontrar en ella nada censurable. Algunos se distinguen por refundir en un solo concepto dos independencias: la de España al sacudirse del yugo napoleónico y la de América al hacer lo mismo con el español. Aprecian en la primera muchos rasgos que sirvieron de modelo a la segunda, sin negarle a ésta características propias. Del análisis de causas ambas partes llegan a un punto común: que España con sus errores políticos, económicos y administrativos en América fué preparando desde mucho tiempo atrás el espíritu del Nuevo Mundo para independizarse. El peso de ellos, tarde o temprano, tenía que hacerse sentir, y en última instancia el absolutismo de Fernando VII dió el estímulo final. De todo resulta que la independencia era, sin discusión, inevitable; y concreción de esa común aspiración de los pueblos: vivir y gobernarse libremente.

NOTAS

¹ Después de iniciado el presente trabajo llegó a nuestras manos un libro poco ha editado en España, cuyo autor, don Melchor Fernández Almagro, bajo el expresivo título de *La Emancipación de América y su Reflejo en la Conciencia Española*, presenta con abundancia de ejemplos las diversas reacciones de los hombres y prensa de España generadas por la independencia americana, pero limitándose al período de 1810-1825, o sea exactamente los años que marcan la iniciación de la lucha emancipadora en Caracas, Buenos Aires y México, y su ulterior desarrollo hasta consumarse la capitulación de Ayacucho. Juzgamos utilísimo aporte al tema el libro citado, pues, habiendo el autor investigado sobre materiales impresos de aquel palpitante momento, para nosotros imposibles de allegar, nos ha permitido salvar serias deficiencias de información debidas a falta de contacto directo con fuentes de primera mano.

² Como esto sería materia de una investigación aparte, rica en resultados, pero ajena a nuestro actual empeño, nos limitamos a sugerirla.

³ La memoria apareció por primera vez en la traducción francesa de la obra de William Coxe, *España bajo los Borbones*, París, 1827, 6 vols. El traductor, Andrés Muriel, español exiliado en Francia, la incluyó en el cap. III, adicional, declarando que la copiaba de la colección de manuscritos perteneciente al duque de San Fernando, otro político refugiado. El historiador hispano Antonio Ferrer del Río, en su *Historia del reinado de Carlos III*, Madrid, 1856, II, 403-410, cree inverosímil que el conde de Aranda fuese su autor. Esta duda ha sido punto de partida de una polémica sobre la autenticidad de aquella *Memoria secreta*, en la que han participado tanto historiadores europeos como americanos: Lafuente, Baumgarten, Konetzke, Pereyra, Navarro y Lamarca, entre otros; pero sin llegar a decidir la controversia. Últimamente dos investigadores norteamericanos en sendos trabajos han presentado el estado actual de la controversia, ellos son: Arthur P. Whitaker, "The Pseudo-Aranda memoir", en *The Hispanic American Historical Review*, XVII (agosto, 1937), 287-313; y Almon R. Wright, "The Aranda memorial: Genuine or forged?", *The Hispanic...*, XVIII, (nov., 1938), 445-460.

⁴ Antonio Ferrer del Río, *Historia del reinado de Carlos III*, Madrid, 1856, Imp. de Matute y Compagni, 4 vols., III, 404-405, su cita es fragmentaria; completo en *México a través de los siglos*, III, 757-758.

⁵ Cit. por A. Ferrer del Río, *ob. cit.*, III, 406.

⁶ Cit. por Modesto Lafuente, *Historia General de España*, Barcelona, Montaner y Simón, edits., 1922-27, xv, 85.

⁷ El conde de Aranda repetirá después esta misma idea de expansión preventiva española en Europa: "A la España ni le son útiles otras conquistas y adquisiciones en Europa que la de Portugal, en el caso eventual de una sucesión, y la de la plaza de Gibraltar, y por

lo tocante a América la isla de Jamaica y demás que llevo citadas antes, tratando de Indias”, en su *Instrucción reservada...*, CLXIII.

⁸ Aranda expone esta parte de su proyecto con las siguientes líneas: “Vaya, pues, de sueño Portugal es lo que más nos convendría, y sólo él nos sería más útil que todo el continente americano, exceptuando las islas. Yo soñaría el adquirir Portugal con el Perú, que por sus espaldas se uniese con el Brasil, tomando por límite desde la embocadura del río de las Amazonas, siempre río arriba, hasta donde se pudiera tirar una línea que fuese a parar a Paíta [Perú], y aun, en necesidad, más arriba de Guayaquil. Establecería un infante en Buenos Aires; dándole también el Chile, y si sólo dependiese en agregar éste al Perú, para hacer declinar la balanza a gusto de Portugal en favor de la idea, se lo diera igualmente, reduciendo el Infante a Buenos Aires y dependencias. No hablo de retener Buenos Aires para España, porque, quedando cortado por ambos mares, por el Brasil y el Perú, más nos serviría de enredo que de provecho, y el vecino por la misma razón se trataría de agregársele... la posición de un príncipe de la misma casa de España, cogiendo al dueño del Brasil y Perú, serviría para contener a éste por dos lados”. Cit. por A. Ferrer del Río, *ob. cit.*, III, 407-409, nota; también en Melchor Fernández Almagro, *La emancipación de América y su reflejo en la conciencia española*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1944, 19-20.

⁹ Cit. por A. Ferrer del Río, *ob. cit.*, III, 407; M. Lafuente, *ob. cit.*, xv, 86; M. Fernández Almagro, *ob. cit.*, 20-21.

¹⁰ Cit. por M. Lafuente, *lug. cit.*

¹¹ *Biblioteca de Autores Españoles*, Madrid, M. Rivadeneyra, 1867, t. 59, 213-272.

¹² Afirmaba que podía obtenerse benéficos resultados con “cuidar que para el gobierno espiritual y temporal se escojan los sujetos más aptos para promover y conservar la pureza de la religión, la mejoría de las costumbres, la administración recta y desinteresada de la justicia y el buen trato, moderación y suavidad en la exacción de los tributos...”, *ob. cit.*, LXXXV.

¹³ *Ibid.*, CLI.

¹⁴ “se tendrá en sujeción a los espíritus inquietos y turbulentos de algunos de sus habitantes”, *ibid.*, CIX, CX.

¹⁵ Del mismo modo que la “Memoria secreta” de Aranda, las de Godoy han sido discutidas en punto a su autenticidad, si bien esta polémica no ha alcanzado la magnitud de aquélla. El erudito historiador español Ballesteros en su *Historia de España*, VII, 1, sintetiza el problema: “...el tema de la paternidad de las Memorias de Godoy, atribuidas al abate Sicard, a un fraile español residente en Roma, a Sicilia y a Esménard. El historiador Fugier... se inclina a esta última hipótesis, pues parece raro que apareciesen traducidas al francés en 1836 y en castellano en 1839; el traductor francés era Esménard; sin embargo, el estilo de la redacción española es de Godoy. Una tradición directa de la familia de Godoy atribuye la mayor parte de la redacción a Sicilia. Existen manuscritas unas Memorias de Pepita Tudó, amiga y luego mujer de Godoy”.

¹⁶ Manuel Godoy, *Memorias*, Garona, Librería de Vicente Oliva, 1839-41, III, 286.

¹⁷ *Ibid.*, 281.

¹⁸ *Ibid.*, 282-283.

¹⁹ *Ibid.*, 285.

²⁰ *Ibid.*, 282.

²¹ *Ibid.*, 288.

²² *Lug. cit.*

²³ *Lug. cit.*

²⁴ *Ibid.*, 287.

²⁵ “La lectura de memorias crónicas, periódicos y cualquier clase de textos coetáneos o relacionados de alguna manera con la fecha y sucesos... inclina a una negativa. El tema no siempre ni mucho menos, aparece tocado; cuando eventualmente se le roza, no trasluce una preocupación de tipo nacional o colectivo, y si es abordado, con intención más o menos especificada, se advierte, en general, falta de un criterio que acuse dolor o dé la medida de la mutilación experimentada y su trascendencia”. M. Fernández Almagro, *ob. cit.*, 9.

²⁶ M. Fernández Almagro, *ob. cit.*, 99.

²⁷ *Ibid.*, 136.

²⁸ “En los periódicos languidecen, a partir de 1825, los asuntos de hispanoamérica, y si en la reducida escala de las informaciones al uso natural de la época, disfrutaron aquellos de cierta extensión ahora se encogen hasta casi desaparecer”. M. Fernández Almagro, *ob. cit.*, 153.

²⁹ Antes de pasar a exponer las ideas de los historiadores españoles consultados, hemos creído pertinente presentar de cada uno de ellos, por orden cronológico, ligeros rasgos biográficos y, sobre todo, la orientación cultural de cada uno, actividades políticas y literarias que tuvieron en España, etc. Esto nos da cierta seguridad sobre su posición ideológica, reflejada después en las ideas que les sugiere la independencia americana.

Hacemos presente que obstáculo insuperable ha sido la falta de bibliografía biográfica española abundante, salvo en los casos de Flórez Estrada, Toreno y Lafuente. Por esto nos hemos visto obligados a allegar datos de los diccionarios histórico-biográficos disponibles. De los que tomamos las referencias más precisas, eliminando lo superfluo y de difícil comprobación.

³⁰ Juan Rico y Amat, *El libro de los Diputados y Senadores. Juicio crítico de los oradores más notables desde las Cortes de Cádiz hasta nuestros días*, Madrid, 1863, 4 vols., I, 344.

³¹ Alvaro Flórez Estrada, *Examen imparcial de las disensiones de la América con España...*, Cádiz, Imp. de Manuel Jiménez Carreño, 1812, 2ª impresión corregida y aumentada, 63.

³² *Ibid.*, 66.

³³ Miguel Morayta, *Historia General de España*, Madrid, Felipe González Rojas, 1886-96, 2ª ed., 9 vols., VI, 961.

³⁴ *Ibid.*, 537, nota.

³⁵ Editorial América, Madrid, 1918, s.n.p., [VII]; nota prel. a la *Historia de la Independencia de México* (extractada de la obra general de Mariano Torrente), Biblioteca Ayacucho.

³⁶ Juan Rico y Amat, *ob. cit.*, I, 304, 306.

³⁷ *Ibid.*, 305.

³⁸ Véase lo referente a Flórez Estrada, rasgos biográficos, p. 311.

³⁹ Juan Rico y Amat, *ob. cit.*, 306.

⁴⁰ Modesto Lafuente, *Historia General de España...*, Madrid, 1850, I, v, pról.

⁴¹ *Lug. cit.*

⁴² *Ibid.*, III.

⁴³ Francisco Pí y Margall, del prólogo suyo en *Puntos negros del descubrimiento de América*, Luis Vega y Rey, Madrid, 1899. (En respuesta a la solicitud del autor para prologar su libro, Pí y Margall, aduciendo falta de tiempo, le remite extractos de artículos que publicó en *El Nuevo Régimen*, los cuales forman dicho prólogo, fechado setiembre de 1898.)

44 José Coroleu, *América, historia de su colonización, dominación e independencia*, Barcelona, Montaner y Simón, edit., 1895, 3 vols., III, 169.

45 *Lug. cit.*

46 Para desenvolver cada idea hemos adoptado el criterio de tratar a los autores individualmente en la exposición de sus juicios. Seguimos estricto orden cronológico en su presentación; así, el desarrollo de cada capítulo se inicia con el más cercano a nuestro tiempo.

47 José Presas, *Juicio imparcial sobre las principales causas de la revolución de la América Española*, Burdeos, Imp. de Pedro Beaumé, 1828, 13.

48 *Lug. cit.*

49 *Ibid.*, 14.

50 *Lug. cit.*

51 *Lug. cit.*

52 *Ibid.*, 12-13.

53 Mariano Torrente, *Historia General de la Revolución Hispanoamericana*, Madrid, Imp. de León Amarita, 1829, 3 vols., I, 93.

54 Conde de Toreno, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*, Madrid, Imp. de don Tomás Jordán, 1835-37, 5 vols., III, 425.

55 *Lug. cit.*

56 *Ibid.*, 431.

57 Miguel Morayta, *ob. cit.*, VI, 515.

58 Conde de Toreno, *ob. cit.*, 431.

59 Modesto Lafuente, *ob. cit.*, XVIII, 124.

60 Miguel Morayta, *ob. cit.*, VI, 517-18.

61 José Coroleu, *ob. cit.*, III, 180.

62 Alvaro Flórez Estrada, *ob. cit.*, 8.

63 Mariano Torrente, *ob. cit.*, I, 54.

64 Miguel Morayta, *ob. cit.*, VI, 515.

65 Conde de Toreno, *ob. cit.*, III, 425.

66 Modesto Lafuente, *ob. cit.*, XVII, 149.

67 Alvaro Flórez Estrada, *ob. cit.*, 46, 67.

68 *Ibid.*, 47.

69 *Ibid.*, 50-51.

70 *Ibid.*, 48-49.

71 *Ibid.*, 51.

72 *Ibid.*, 63.

73 *Ibid.*, 48.

74 *Ibid.*, 63.

75 *Lug. cit.*

76 *Ibid.*, 51.

77 *Ibid.*, 57-58.

78 José Presas, *ob. cit.*, 20.

79 *Ibid.*, introd., I.

80 Mariano Torrente, *ob. cit.*, I, 53.

81 *Ibid.*, 93.

82 *Ibid.*, I, 56.

83 Conde de Toreno, *ob. cit.*, III, 441.

84 Modesto Lafuente, *ob. cit.*, XVIII, 124.

- 85 *Ibid.*, 125.
- 86 Lug. cit.
- 87 *Ibid.*, 124.
- 88 *Ibid.*, 126, 151.
- 89 Miguel Morayta, *ob. cit.*, vi, 518.
- 90 Lug. cit.
- 91 *Ibid.*, 515.
- 92 Francisco Pí y Margall, *Historia de España en el siglo xix*, Barcelona, Miguel Seguí, edit., 1902, II, 6. Véase la apreciación crítica de R. Barón Castro, *Españolismo y Antiespañolismo en la América Hispana*, Madrid, Ediciones Atlas, 1945, p. 35 ss.
- 93 Lug. cit.
- 94 Lug. cit.
- 95 José Coroleu, *ob. cit.*, III, 173.
- 96 Lug. cit.
- 97 *Ibid.*, 196.
- 98 Lug. cit.
- 99 Lug. cit.
- 100 *Ibid.*, 199.
- 101 Lug. cit.
- 102 *Ibid.*, 202.
- 103 *Ibid.*, 197.
- 104 *Ibid.*, 204-205.
- 105 *Ibid.*, 198.
- 106 Lug. cit.
- 107 *Ibid.*, 196.
- 108 Alvaro Flórez Estrada, *ob. cit.*, 36.
- 109 Lug. cit.
- 110 José Presas, *ob. cit.*, II.
- 111 *Ibid.*, 21.
- 112 Mariano Torrente, *ob. cit.*, I, 93.
- 113 *Ibid.*, III, 607.
- 114 *Ibid.*, I, 101.
- 115 Lug. cit.
- 116 *Ibid.*, III, 607.
- 117 *Ibid.*, 609.
- 118 *Ibid.*, 610.
- 119 *Ibid.*, 606.
- 120 Modesto Lafuente, *ob. cit.*, XVIII, 125.
- 121 Conde de Toreno, *ob. cit.*, II, 296-97.
- 122 Modesto Lafuente, *ob. cit.*, XVII, 149.
- 123 Lug. cit.
- 124 *Ibid.*, 150.
- 125 Conde de Toreno, *ob. cit.*, III, 435.
- 126 Francisco Pí y Margall, *ob. cit.*, I, 53.
- 127 Lug. cit.
- 128 *Ibid.*, I, 570.
- 129 Miguel Morayta, *ob. cit.*, VI, 5-8.
- 130 *Ibid.*, 525.

- 131 Lug. cit.
- 132 *Ibid.*, 968.
- 133 Lug. cit.
- 134 Lug. cit.
- 135 *Ibid.*, 972.
- 136 José Coroleu, *ob. cit.*, III, 186.
- 137 Lug. cit.
- 138 Lug. cit.
- 139 *Ibid.*, 185.
- 140 *Ibid.*, 202.
- 141 Lug. cit.
- 142 *Ibid.*, 206.
- 143 *Ibid.*, 207.
- 144 Alvaro Flórez Estrada, *ob. cit.*, 52.
- 145 Lug. cit.
- 146 *Ibid.*, 22.
- 147 *Ibid.*, 22, 53.
- 148 *Ibid.*, 52-53.
- 149 *Ibid.*, 41-42.
- 150 *Ibid.*, 42.
- 151 *Ibid.*, 41.
- 152 *Ibid.*, 45.
- 153 *Ibid.*, 42.
- 154 *Ibid.*, 45-46.
- 155 *Ibid.*, 67-68.
- 156 *Ibid.*, 68.
- 157 Mariano Torrente, *ob. cit.*, I, 93; véase también p. 343 de este trabajo.
- 158 *Ibid.*, 95.
- 159 *Ibid.*, 96.
- 160 *Ibid.*, 51.
- 161 Lug. cit.
- 162 *Ibid.*, 97.
- 163 Lug. cit.
- 164 Lug. cit.
- 165 *Ibid.*, 50.
- 166 Lug. cit.
- 167 *Ibid.*, 51.
- 168 *Recop. de Indias*, Ley I, lib. IV, tít. II y sgtes., la cita es nuestra; Toreno se limita a reproducir las palabras.
- 169 Conde de Toreno, *ob. cit.*, III, 130.
- 170 *Ibid.*, 427.
- 171 Lug. cit.
- 172 Lug. cit.
- 173 Lug. cit.
- 174 Modesto Lafuente, *ob. cit.*, XVII, 149.
- 175 Miguel Morayta, *ob. cit.*, VI, 525.
- 176 *Ibid.*, 534.
- 177 Lug. cit.

BIBLIOGRAFÍA

- Coroleu, José. *América; historia de su colonización, dominación e independencia*. Barcelona, Montaner y Simón, edits., 1895, 3 vols.
- Coxe, William. *L'Espagne soiss les rois de la maison de Bourbon ou memoires rélatif á l'histoire de cette nation, depuis L'avénement de Philipe V, en 1760, jusq'a la mort de Charles III, en 1788; traduit del anglais par A. Muriel*. Paris, Chez de Bure Frères, librs., 1827, 6 vols. (En esta obra aparece por primera vez la "Memoria secreta" del conde de Aranda, incluida por el traductor, cap. 3, adicional.)
- Fernández Almagro, Melchor. *La emancipación de América y su reflejo en la conciencia española*. [Madrid] Instituto de Estudios Políticos, 1944.
- Ferrer del Río, Antonio. *Historia del reinado de Carlos III en España*. Madrid, Imp. de Matute y Campagni, 1856, 4 vols.
- D. Modesto Lafuente, su vida y sus escritos, en *Historia General de España* de Modesto Lafuente, xxx.
- Flórez Estrada, Alvaro. *Examen imparcial de las disenciones de la América con España, de los medios de su reconciliación y de la prosperidad de todas las naciones*. 2ª impresión, corregida y aumentada. Cádiz, Imp. de Manuel Ximénez y Carreño. Primera edición: Londres, Imp. de R. Juigué, 1811.
- Floridablanca, Conde de. *Instrucción reservada que la Junta de Estado, creada por mi decreto de este día 8 de julio de 1787, deberá observar en todos los puntos y ramos encargados a su conocimiento, en Obras originales y escritos referentes a su persona*. Colección hecha e ilustrada por don Antonio Ferrer del Río. Madrid, M. Rivadeneyra, impresor y editor, 1867. (Biblioteca de Autores Españoles, 59.)
- Godoy, Manuel. *Memorias*. Gerona, Librería de Vicente Oliva, 1839-41. 6 tomos en 3 vols.
- Lafuente, Modesto. *Historia General de España*. Barcelona, Montaner y Simón, edits., 1922-27. 30 vols.
- Morayta, Miguel. *Historia General de España*. Madrid, 2ª edic., Felipe González Rojas, edit., 1886-96.

- Pí y Margall, Francisco. *Historia de España en el siglo xix*. Barcelona, Miguel Seguí, edit., 1902. 8 vols.
- Presas, José. *Juicio imparcial sobre las principales causas de la revolución de la América española...* Burdeos, Imp. de Pedro Beaume, 1828.
- Rico y Amat, Juan. *El libro de los diputados y senadores. Juicio crítico de los oradores más notables desde las Cortes de Cádiz hasta nuestros días*. Madrid, Est. Tip. de Vicente y Lavajos, 1862-66.
- . *Historia política y parlamentaria de España desde los tiempos primitivos hasta nuestros días*. Madrid, Imp. de las Escuelas Pías, 1860-61, 3 vols.
- Toreno, Conde de. *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*. Madrid, Imp. de don Tomás Jordán, 1829-30, 3 vols.
- Vega-Rey, Luis. *Puntos Negros del Descubrimiento de América*, pról. de Francisco Pí y Margall. 2ª ed. Madrid, Imp. de Ricardo Rojas, 1899.
- Villa-Urrutia, Marqués de. *Fernando VII, rey constitucional. Historia diplomática de España de 1820 a 1823*. 2ª ed., Madrid, Librería Beltrán, Imp. Torrent, 1943.
- . *Fernando VII, rey absoluto. La ominosa década de 1823 a 1833*. Madrid, Tipografía Artística, Francisco Beltrán, Librería Española y Extranjera, 1931.
- Whitaker, Arthur P. "The Pseudo-Aranda Memoir of 1783", *The Hispanic American Historical Review*, xvii, agosto, 1937, 287-313.
- Wright, Almon R. "The Aranda memorial: Genuine or forged?", *The Hispanic American Historical Review*, xvii, noviembre, 1938, 445-460.